I.E.S. nº 8

Desengaño

Pensando juntos, construyendo libertad

Marta Aja Cobo ♦ María Olivares Cano ♦ Alberto Ortega Aramburu
Severino Pérez Misas ♦ Carmen Poyato Vigara ♦ Pedro Miguel Rodríguez Ortega
Vicente Traver Centaño

I.E.S. nº 8
Desengaño

Pensando juntos, construyendo libertad

PROYECTO EDUCATIVO
La aventura de pensar juntos

Marta Aja Cobo
Carmen Loureiro López
María Olivares Cano
Alberto Ortega Aramburu
Severino Pérez Misas
Carmen Poyato Vigara
José Ramírez Muñoz
Pedro Miguel Rodríguez Ortega
Vicente Traver Centaño

I.E.S. nº 8
Desengaño

Marta Aja Cobo, María Olivares Cano,
Alberto Ortega Aramburu, Severino Pérez Misas,
Carmen Poyato Vigara, Pedro Miguel Rodríguez Ortega,
Vicente Traver Centaño

DOCE CALLES

© de los textos: Sus autores
© de la presente edición:

EDICIONES DOCE CALLES, S.L.
Apdo. 270. 28300 Aranjuez
Tel. + 34 902 197 501
Fax: + 34 925 13 70 60

Depósito Legal:

ISBN: 84-9744-052-8

Composición y Maquetación: Servicios Integrales de Edición Távara, S.L.
Impresión: Publidisa, S.A.

ÍNDICE

1: Reconstruyendo la historia 9

2: Las dudas de Felipe 17

3: Indicios e interpretaciones 23

4: Felipe enamorado 29

5: Mirando con distintos ojos 37

6: El mito de la ciencia 45

7: Alucinación colectiva 53

8: ¿Estamos solos? 61

9: Preparando decorados 69

10: Felipe el testarudo 79

11: La representación 89

12: Filosofando 97

EPISODIO 1
Reconstruyendo la historia

Faltan tres días para la representación y cada vez que pienso en mi papel siento que se me hace un nudo en la garganta. Y conste que no es por el texto, que me lo sé de memoria y mi trabajo me costó. Es por lo que le pasa a Ignacio, mi personaje en la obra.

Cuando Helena nos presentó la obra todo sonaba de maravilla. "Ignacio es el protagonista, es alguien que al ingresar en un colegio de ciegos no se resigna a las alegres apariencias que allí se respiran y busca la verdad, aunque ello acabe costándole la vida", nos contó. Recuerdo que una listilla la interrumpió y dijo "Ah sí, como Edipo" y que Alicia, que se las sabe todas y no deja pasar ni una, le contestó "querrás decir como el filósofo Sócrates, porque a Edipo no le mataron, se arrancó los ojos". Pero lo que Helena no nos dijo entonces es que cuando Ignacio muere en la obra, nadie parece lamentar su muerte, ni siquiera Juana, que en un momento dado le llega a pedir de rodillas que se quede en el colegio, Juana que parecía comprenderle y quererle... ¡Menudo héroe de pacotilla es ese Ignacio, un tipo que muere y no merece ser recordado...!

Lo malo es que me he vuelto a comprometer a participar. Julio me dijo "Felipe, no mezcles en esto tus problemas personales, los demás no tenemos la culpa de que estés cabreado y

no tienes derecho a dejarnos colgados". Vale, tenía algo de razón, pero no me convenció. Es verdad que cuando me caí del guindo mi reacción fue muy bestia y me pasé cuatro pueblos, pero precisamente porque estaba muy afectado no me encontraba en condiciones de actuar en un escenario. Pero luego Irene vino a hablar conmigo y me dijo: "No, no lo hagas por los demás; hazlo por ti mismo. Debes asumir lo que te pasó e intentar aprender de ello. No vale de nada lamentarse y convertir un grano de arena en un desierto. Tienes que demostrarte a ti mismo que lo has superado y no avergonzarte ante nada ni nadie." Y, francamente, eso sí me convenció.

Pero ahora, cada vez que intento meterme en la piel de Ignacio, se me revuelven las tripas. Creo que no he superado nada, que aún no he comprendido bien ni lo que pasó ni lo que me pasó; ni siquiera entiendo del todo cuáles fueron los motivos de Dory para hacer lo que hizo. Tendría que empezar por ahí. Si pudiera reconstruir los hechos como si fuese una película e irlos examinado uno a uno, quizá podría atar cabos y aclararme las ideas.

Al principio nada tuvo que ver con la obra de teatro. Todo empezó con la ocurrencia de Venancio en la primera clase de Filosofía...

Estábamos un poco moscas porque el año pasado en Ética con los debates y las preguntas en clase nos lo habíamos pasado bastante bien, pero eso de la Filosofía nadie sabía muy bien de qué iba y amenazaba con ser algo bastante aburrido. Entonces llegó el profesor y nos hizo apartar las sillas y cerrar las persianas...

La verdad, un poco de movimiento en clase siempre se agradece, así que le hicimos caso. Después, como nos habíamos quedado a oscuras y no sabíamos qué hacer, empezamos con

las risitas nerviosas y a decir tonterías. Entonces Venancio nos dijo que se trataba de un ejercicio serio, que intentásemos pensar en lo que hay a nuestro alrededor.

—Pues lo mismo de antes –dijo Raúl.

—¿Cómo lo sabes si no lo ves? –preguntó Irene.

—Pues porque las cosas no se cambian de sitio solas –contestó Raúl.

—¿Y si yo las hubiera cambiado silenciosamente? –volvió a preguntar Irene.

—Venga ya, Irene, dice Ernesto, ni que fueras una *supergirl*.

Entonces salió Santi diciendo que había algo que había cambiado.

—La luz ya no está.

—Pero la luz no es una cosa –le replicó Julio–, es lo que hace que veamos las cosas.

Cada vez estábamos más nerviosos, y el profe nos pidió que intentásemos reconocernos unos a otros sin decir nuestro nombre, guiándonos solo por el tacto y la voz. Yo rocé las manos, las cabezas, pero no me atreví a moverme mucho por si me chocaba con alguien. Me sentía un poco agobiado. Alguien se acercó a mí y me acarició la cabeza, no sé por qué lo hizo y no sé si me tranquilizó o me puso aún más nervioso, pero me gustó. En ese momento Venancio encendió la luz y a mi lado no había nadie.

—Como veis es difícil estar más de cinco minutos en completa oscuridad –dijo el profe–. Ahora quiero que escribáis en un papel lo que habéis sentido en esta realidad oscura. Según lo terminéis me lo vais entregando.

Yo empecé a escribir las sensaciones que había tenido: nerviosismo, risa tonta, algo de vergüenza, sobre todo al tocar a la gente... Lo de la caricia no me atreví a ponerlo, aunque para

una vez que que parecía haber ligado, estaba deseando salir y contárselo a mis amigos.

Tocó el timbre y salimos fuera de clase. Empezamos a comentar las cosas que habíamos puesto.

—Yo he puesto sueño –dijo Raúl para hacerse el gracioso– porque yo lo que hago a oscuras es dormir.

—Yo he puesto libertad –añadió Ernesto– porque, a lo tonto a lo tonto, he sobado unos cuantos culitos que estaban para comérselos.

Dory, Irene y Clara le oyeron, y por supuesto no se cortaron en contestarle.

—¿Tú eres gilipollas, chaval? Si te encontrabas a mi lado y no te has movido ni medio metro. Lo que estabas era igual de agobiado que todos –dijo Irene– ¿Te imaginas ser ciego toda la vida?

—Si es de nacimiento –contestó Dory– es diferente, porque para ellos eso es lo real.

Entonces llegó Santi con sus preguntitas. "¿Y qué es lo real? ¿La realidad del ciego o la realidad del que ve?".

Yo me moría de ganas de contar lo mío, y no quería que se pusieran a divagar, así que corté por lo sano y sin que viniese a cuento lo solté: "Pues yo he tenido una experiencia espectacular, una mano femenina me ha pedido guerra y ha tenido que ser la mano de una chica de esta clase. Estoy hecho un *crack*."

—¿Y quién ha sido la afortunada? –me dijo Dory.

—Pues no lo sé, pero pienso averiguarlo. Por cierto, si ha sido alguna de vosotras o de vuestras amigas le decís que me han *molao* mazo sus cariñitos, pero que me gustarían más a la luz.

Estaba flipando. Fui camino de la cafetería más contento que nunca, alucinado con lo que me había pasado. Encima me

sonó el móvil y tenía un mensaje de un número desconocido: "En la oscuridad he visto tu corazón". Esto es increíble... seguro que es la misma de la clase. "¿Quién será?", me pregunté. Si lo supiera, le entraba mañana mismo.

Después del recreo tuvimos clase con Helena, la de Inglés, pero no fue una clase normal. Se presentaron ella y Venancio, y Venancio nos pidió que pusiéramos en común lo que habíamos escrito antes. En un momento la pizarra estaba llena de palabras confusas: miedo, nervios, vergüenza, desorientación, agobio, risa, aburrimiento, libertad, dudas...

Dialogamos sobre lo que habíamos escrito; parecía que Helena le hubiera dado a Venancio la clase de Inglés para dar Filosofía, y era una situación un poco extraña. Entonces Helena dijo que por qué se siente vergüenza cuando nadie te ve.

—Pues por eso; porque, aunque nadie te ve, sabes que están ahí y no sabes cómo actuar.

—También el que nadie te vea te hace más libre –dijo Norberto–. Alguien podría haber robado una cartera, por ejemplo, sin que ninguno nos enterásemos.

—¡Anda ya! –se rió Raúl–. Como que es tan fácil hacer eso sin hacer ruido ni chocarte con nadie.

Todos coincidíamos en que el ejercicio nos había descolocado, en que era como el mundo al revés.

—¿Y si el mundo al revés fuera éste de ahora? A lo mejor la oscuridad es lo real y los ojos nos distraen con imágenes de nada –dijo Santi.

—¿Cómo puede haber imágenes de nada? Eso es una contradicción –le respondió Julio.

Entonces Dory dijo que quizá no fuera ni lo uno ni lo otro. "Quizá la realidad es algo muy complejo que nosotros percibimos de una forma, los ciegos de otra, los sordos de otra... Al fin

y al cabo nosotros estamos hechos de una determinada manera, si estuviésemos hechos de otra, nuestra realidad no sería igual. ¿Es lo mismo un árbol para una hormiga que para un elefante?"

—Bueno –respondió Julio–, lo ven diferente, pero lo que es real es que el árbol está ahí.

—¿Y por qué estáis tan seguros de eso? ¿Es real la realidad? –preguntó Santi.

—Esto es un trabalenguas, me parece a mí –dijo Raúl.

—Sí, así expresado, pero no si decimos: ¿Qué es en verdad la realidad? –intervino Dory.

—¿Y qué es la verdad? –siguió Santi.

—Quiero decir si esta realidad es auténtica, ¿no podría ser todo un engaño? –le respondió Dory.

Entonces Norberto nos habló de *Matrix*. Una peli en la que un tipo vive en un mundo que resulta que es el producto de estímulos que le meten en su cerebro mientras él está realmente encerrado en una especie de cápsula, completamente inmóvil.

—¿Y eso qué cambia? –dijo Santi–. Estés o no en una cápsula lo que vives es la vida. Si lloras, te enamoras, o te enfureces, esos sentimientos son verdad.

—¿Y en el caso de la ciencia? –dijo Julio– La ciencia no depende de lo que se siente o se ve. De hecho, a veces la ciencia nos demuestra que lo que vemos no es como lo vemos.

—"La ciencia se empeña en detener la vida".

Eso lo dijo Santi y ninguno lo hemos entendido muy bien. Por suerte, Venancio paró el diálogo para decirnos que todo lo que estábamos hablando en clase tenía mucho que ver con una obra de teatro que íbamos a trabajar con Helena.

Helena es la profe de Inglés, y es una tía estupenda. Nos explicó que la obra se titula *En la ardiente oscuridad* y que es de Buero Vallejo.

EPISODIO 2
Las dudas de Felipe

Mientras empezamos a poner en marcha la obra de teatro, no paraba de darle vueltas a todo lo que había sucedido durante las primeras semanas del curso. Me distraía en clase, y no digamos en el bar cuando ayudaba a mi padre. Siempre estaba pendiente de que pudiera sonar mi móvil. En una ocasión, me pidieron dos cafés y serví dos cañas. Una tarde, tras varios despistes semejantes, mi padre estuvo a punto de perder la paciencia; finalmente decidió que sería mejor tomárselo con calma y me dijo que fuera al almacén a por bebidas para reponer, que ya atendería él solo la barra. Recuerdo muy bien aquella tarde porque fue el mismo día en que se habían repartido los papeles de la obra.

—¿Qué hace falta para estar seguro de algo? –pregunté a mi padre, mientras reponíamos bebidas en las cámaras frigoríficas.

—Supongo que verlo con claridad, ¿no? Está muy claro que quedan pocas bebidas en la cámara y que si no reponemos mañana no habrá suficientes –me respondió.

—Ya, eso es muy fácil, sólo tienes que abrir la cámara y verlo; pero yo me refería también a esas cosas que no están a la vista de todos, como las ideas o los sentimientos –continué.

—A veces podemos no estar seguros, no entender algo, no saber cómo pensar... Entonces intentamos aclararnos, buscar

indicios... –contestó mi padre, que seguramente empezaba a preguntarse qué relación tendría lo que yo decía con el hecho de que no hubiera dado una en toda la tarde.

—Lo que me temía, no hay una fórmula sencilla para salir de dudas –protesté.

—Que yo no la conozca no quiere decir que no exista –dijo mi padre.

—Si al menos fuesen verdaderas las cosas de las que estamos seguros –continué.

—Mira, cuando tu madre y yo decidimos emigrar a Suiza estábamos convencidos…

—Sí, ya sé, que después de unos cuantos años podríais volver a España y vivir sin trabajar –me adelanté.

—Efectivamente, eso creíamos, pero… ¿de qué querías estar seguro tú? –preguntó mi padre.

—De nada en particular. Voy a por otra caja de cervezas, que no hay bastantes –contesté saliendo apresuradamente hacia el almacén.

Más tarde, me fui a la cocina.

—¿Qué vas a hacer de cena? –pregunté a mi madre.

—Pensaba hacer una sopa y luego lo que os apetezca de las raciones que estoy preparando para el bar: pulpo, boquerones y sepia. ¿Tienes hambre?

—No mucha. Me apetece más ensalada que sopa –le respondí.

—Vale, haré un plato para ti, pero ya sabes que a papá le gusta cenar sopa –me dijo.

—Cuando conociste a papá... ¿tú qué le decías a él? –me atreví a preguntarle.

Mi madre levantó la vista de los boquerones que estaba limpiando y me clavó su mirada. Yo, que había empezado a

colocar cacharros sucios en el lavaplatos, fingí estar muy concentrado en la tarea y no le devolví la mirada para nada.

—Bueno, en mi época supongo que las cosas eran muy distintas; las chicas decíamos poca cosa; esperábamos a que lo dijeran los chicos –dijo al fin mi madre.

—Y si a una chica le gustaba un chico... ¿no hacía nada para que él se enterase? –insistí.

—Depende. A lo mejor procuraba ir con sus amigas a donde sabía que él iba a ir con sus amigos, o se arreglaba cuando sabía que le iba a ver... Verás –me dijo mi madre mientras dejaba los boquerones y se sentaba a hablar tranquilamente–. En una ocasión, en las fiestas del pueblo, cuando yo todavía no era novia de papá, pero ya me gustaba, estaba trabajando en la casa del médico y todos los meses le daba el sueldo a mi madre. Bueno, pues aquella vez me compré unos zapatos de tacón y un bolso; y me fui a la peluquería. Luego, cuando le di a mi madre lo que me sobró, que no era casi nada, se enfadó muchísimo, pero me dio igual.

No me aclaraba mucho con lo que contaba mi madre, pero sí me sentí reconfortado hablando con ella; me hubiera gustado decírselo, pero no me salían las palabras, así que me acerqué, le di un beso y murmuré:

—Voy a la barra, a ayudar a papá, que hay mucha gente.

Seguí dando vueltas en la cabeza a la caricia que no sabía de quién provenía. ¿Era una caricia? ¿Era un inocente intento de reconocer a alguien, como había pedido Venancio? ¿Quién me había enviado aquel mensaje? ¿Era la misma persona que me había acariciado? ¿Por qué Dory había insistido en que fuera yo el que hiciese el papel de Ignacio? ¿No sería eso una señal, algo parecido a lo que hizo mi madre para llamar la atención de mi padre?

—Vamos, chicos, que hoy tiene que quedar decidido todo el reparto –había dicho Helena después de las diversas pruebas.

Dory iba a hacer de Juana, aunque no acababa de gustarle del todo el papel; o quizá fuera Juana la que no le gustaba. En cuanto se enteró Ernesto, se ofreció voluntario para hacer de Carlos. "Será imbécil, el tío éste", pensé.

—Bien, pues ya tenemos al menos a dos de los personajes principales –dijo Helena–. Ahora queda por decidir el de Ignacio. Creo que Felipe y Norberto han hecho dos buenas interpretaciones. Santi también, pero personalmente me gusta el papel de Miguel para Santi. ¿Qué os parece a los demás?

Dory dijo que a ella le gustaba más que yo hiciese el papel de Ignacio, que había sabido reflejar muy bien la amargura y el pesimismo de ese personaje. Eso me llenó de satisfacción; al fin y al cabo era el estúpido de Ernesto, su chico, el que se había ofrecido voluntario para hacer de Carlos y Dory no había dicho nada. Y ahora, sin embargo, era ella la que había opinado. En la obra, Ignacio es precisamente el rival de Carlos; y a Juana le gusta Ignacio, aunque sea la novia de Carlos... Entonces estaba yo seguro de que Dory iba a dejar a Ernesto por mí. Así que no pude evitarlo, me acerqué a Dory que estaba entonces hablando con Inés, Belén e Irene y dije: "gracias Dory, ya sé quién me ha metido mano; desde luego, cuando las tías queréis marcha os lo sabéis montar muy bien. Pero la cosa está sin terminar…". No sentaron muy bien mis palabras, reconozco que no fueron muy afortunadas. Inés murmuró por lo bajini aunque se le oyó todo: "Será creído y grosero el tío este" y Dory torció el gesto, pero a lo mejor sólo lo hacía para disimular.

Helena nos estuvo hablando a todos del sentido de cada uno de los personajes. Yo no podía dejar de relacionar los papeles de Carlos, Juana e Ignacio con Ernesto, Dory y yo mismo.

—Carlos no parece un joven de nuestra edad –dijo Clara–. Piensa como un adulto y, además, un adulto carca. Acepta sin rechistar todo lo que dice el director, y el director le utiliza para que los demás se crean todo el tinglado que les ha montado. Aunque pensándolo bien, eso no es tan raro; algunos no quieren cuestionar nunca nada en la vida real.

—Sí, pero la actitud de Carlos es muy peligrosa –añadió Sonia–. No es cierto que la ceguera no sea una limitación. En el Centro quieren convencer a los ciegos de que pueden hacer una vida normal y eso no es así. El "mundo feliz" que allí les han montado no funciona en la realidad.

—Pero sí es verdad lo que dice; al fin y al cabo son más felices que Ignacio, que está amargado –señaló Belén–. Por lo menos ellos están estudiando y lo tendrán más fácil para encontrar trabajo.

—Pues si no quieren llevar bastón, no pueden ir en metro, por ejemplo, y eso no les ayudaría a vivir en sociedad –respondió Irene–. No es verdad lo que dice Carlos. A no ser que pensemos que verdad es lo que da buenos resultados. A lo mejor se puede considerar que es verdad lo que funciona, ¿no? Y el engaño funciona, al menos en el Centro.

—¿Y cómo se podría decidir sobre la verdad o falsedad de algo? –preguntó entonces Alicia.

—Pues está muy claro; verdad es lo que pasa en la realidad; por ejemplo, que ahora está lloviendo –contestó Ernesto mirando por la ventana.

—No es tan sencillo, en matemáticas hay verdades y sin embargo no tratan de cosas que pasan –dijo Santi.

—Me parece que estáis llegando a un tema interesantísimo y estoy segura de que a Venancio le encantaría que lo discutierais

en sus clases –cortó Helena–. Pero ahora vamos a analizar los demás personajes, por favor.

—A mí Juana me parece un poco pava. Parece que sólo pueda pensar como piensa Carlos, o luego, como piensa Ignacio. Pero no puede pensar por sí misma, sólo puede apoyarse en alguno de los dos –apuntó Dory.

—Yo creo que eso les pasaba a muchas mujeres antes –dijo Inés.

—Y ahora también –añadí.

—Eso es lo que tú te has creído –me contestó Irene indignada.

—Yo he estado pensando en Ignacio –intervino Santi–. Él no se conforma con sucedáneos de la verdadera vida ni del verdadero amor. Prefiere ser consciente de sus limitaciones y no engañarse; pero su amargura puede ser excesiva. A lo mejor está añadiendo más ceguera a sus ojos. Yo conozco a un fisioterapeuta que es ciego. Evidentemente no ve y es muy consciente de que no ve; por eso lleva bastón. Pero no es ningún inútil; trabaja, tiene amigos... y no está amargado como Ignacio.

A la salida todos se fueron a tomar algo, pero yo tenía que ir a ayudar a mi padre; era viernes y había más gente en el bar.

—Yo también me voy; estoy cansada –dijo Dory, y la carne se me puso de gallina.

Aquella noche mientras cenaba mi ensalada y algo de pulpo seguía sintiendo escalofríos y hacía esfuerzos para que mis padres no notasen lo que me estaba pasando.

EPISODIO 3
Indicios e interpretaciones

Al día siguiente por la tarde, quedé con Dory en la puerta del instituto. No recuerdo cómo iba vestida, pero sí que iba diferente a otros días, con una ropa que resaltaba aún más su figura y un peinado que le hacía los ojos enormes.

Nada más encontrarnos, nos dirigimos al lugar de ensayo, porque habíamos quedado para empezar a trabajar los diálogos comunes. Dory, en concreto, propuso que ensayásemos el diálogo en el que Juana le pide de rodillas a Ignacio que se quede en el Centro para ciegos. Comenzamos a leer y Dory parecía entusiasmada con su papel.

—Mira Felipe, en esta escena yo, es decir, Juana, te pido a ti, es decir, a Ignacio, que no te vayas del Centro.

—Sí, pero Ignacio se molesta, porque Juana le dice que sus problemas se arreglarían si encontrase una novia, y a él quien realmente le gusta es Juana.

—También a mí, Juana, me gustas tú, Ignacio –me dijo Dory mirándome a los ojos.

Me puse un poco nervioso. El día anterior parecía que iba a comerme el mundo, ahora no sabía cómo reaccionar ante aquella actitud de Dory, así que decidí no darme por aludido.

—Bueno, es verdad que a Juana le atrae Ignacio, quizá por ese aire de chico malo que tiene.

—Mira –continuó Dory–, aquí es donde Juana le pide a Ignacio de rodillas que se quede. ¡Vamos a leerlo!

Entonces Dory se puso a leer alto y despacio: "No es vanidad, Ignacio. ¿Quieres que te lo pida de rodillas?" –sigue tú.

"*Ignacio—¿Para qué de rodillas? Dicen que ese gesto causa mucha impresión a los videntes... Pero nosotros no lo vemos. No seas tonta; no hables de cosas que desconoces, no imites a los que viven de verdad...*"

Noté cómo me temblaba la voz, quizá porque sentía que Dory y yo estábamos demasiado cerca. Entonces Dory se salió del guión y me planteó la siguiente pregunta:

—¿Y qué es vivir de verdad, Felipe?

—Bueno, yo creo que aquí Ignacio se pasa. Todos hablamos de muchas cosas que no vemos. Es verdad que un ciego nunca ha visto a alguien de rodillas, pero nosotros tampoco hemos visto otras muchas cosas y sin embargo hablamos de ellas.

—Sí, supongo que te refieres a cosas como la amistad, la paz y todo eso.

—Sí, bueno, y en general, a que no necesitamos estar viendo algo para comprenderlo.

Entonces recordamos las clases de Filosofía con Venancio, cómo habíamos hablado de la importancia del lenguaje como un sistema de signos que nos permite tratar de las cosas cuando no las tenemos delante.

—Es cierto –dijo Dory–, si no tuviéramos palabras, nos veríamos forzados a ir siempre con todas las cosas a cuestas. Por ejemplo, para pedir un café, tendríamos que sacar un paquete de café y enseñarlo.

—Es más difícil aún –le contesté–. Porque si tú enseñas un paquete de café, los demás no saben si quieres café, si ofreces

café, si lo vendes, o qué es exactamente lo que quieres hacer con eso.

—Bueno, pero puedes ayudarte con gestos –objetó Dory.

—Claro, es que los gestos también son signos como las palabras, las imágenes...

—Creo que tienes razón Felipe, porque una imagen de una cosa tampoco es esa cosa. Le falta el tacto, el olor... una imagen sigue siendo un signo.

—En realidad –continué cada vez más animado al comprobar el interés con el que Dory me escuchaba–, vivimos en un mundo de signos. Lo que pasa es que unos se parecen más a las cosas y otros menos. Por ejemplo, una imagen de una mesa, se parece a una mesa, pero una cruz verde no se parece a una farmacia. Sólo es un símbolo que quiere decir farmacia.

—Claro, es como si manejásemos una caja de herramientas, en la que tenemos los nombres de las cosas y también otras herramientas que nos sirven para enlazarlos. Para decir lo que queremos hacer con ellas y cómo son. Y además tenemos los gestos, los dibujos. Podríamos decir que los signos están por todas partes y los utilizamos continuamente.

—Pero además –proseguí, ya desatado– los signos nos permiten hablar también de cosas que no se ven nunca, como tú has dicho antes, porque detrás de la amistad no hay ninguna cosa concreta, sino muchas diferentes. También podemos relacionar las cosas diciendo que una es más grande que otra, o que una está delante de otra, sin que exista algo así como "lo grande" o "delante" o "detrás" separado de las cosas; e incluso podemos hablar de las cosas en general, "la playa", "las mesas", "la nieve", etc., sin necesidad de estar señalando continuamente con el dedo a esa playa, mesa o nieve en concreto.

Miré disimuladamente a Dory y creí ver dibujada en su cara una expresión de admiración. Y entonces ella soltó:

—Sí, y también podemos hablar del amor...

—O de los números –añadí confuso y no sin cierta agitación por el modo en el que Dory había pronunciado la palabra amor.

—Es completamente distinto –dijo Dory– porque cuando se trata de un número, todo el mundo está de acuerdo en lo que se está diciendo. Dos más dos son cuatro aquí y en China. Sin embargo con el amor no hay quien se aclare.

—¿Por qué? –me atreví a preguntar.

—Pues porque el amor es un sentimiento, y los sentimientos no pueden explicarse. Quiero decir, que puedes expresarlo a tu manera, pero no vas a conseguir que los otros te entiendan. Puedes hacer un dibujo, o escribir, o componer una canción, pero nunca conseguirás trasmitir lo que estás sintiendo. Cada uno entiende las cosas desde su experiencia, y la experiencia de cada uno es diferente. Por eso, un cuadro o un poema tienen un sentido diferente para cada persona que los ve o los lee.

—Pues a mí me gusta escribir poemas, y creo que sí me ayudan a comunicar lo que siento. Aunque no lo sé, porque en verdad, nunca se los he enseñado a nadie. Creo que los poemas usan las palabras como símbolos de otros símbolos, con las metáforas y todo eso. Quiero decir que no sólo son símbolos porque son palabras, como mar, o noche en general, sino que además las estás comparando con un sentimiento, como cuando dices “siento en mi pecho el rugir de las olas”.

Me di cuenta de que acababa de contar a Dory un secreto que nunca había contado, y me sentí como desnudo, a la intemperie. No era lo mismo fantasear y chulear acerca de un posible lío con una de las chicas más guapas de la clase que hablar

con ella cara a cara sobre los sentimientos. Aunque entonces no podía reconocerlo, ahora comprendo que estaba realmente asustado.

—Yo creo que quien no ha amado nunca, aunque sepa lo que quiere decir este símbolo, nunca entenderá lo que significa realmente.

Tras decir esto, Dory se acercó a una pizarra que había sobre un atril, y dibujó un corazón con dos iniciales a cada lado, La D-J a la derecha del corazón y la F-I a la izquierda.

—Felipe, ¿Por qué no me escribes un poema de amor?

—Sí, pero…

En ese momento entraron Belén e Irene y llamaron a Dory. Me di cuenta de que éstas tenían que haber escuchado la última parte de la conversación con Dory, y me sentí aliviado cuando las tres se fueron corriendo sin decir nada y no tuve que soportar sus miradas y risitas nerviosas. Lo que no podía sospechar era que estaba siendo víctima de otra de las posibilidades que nos ofrecen las palabras: la mentira.

EPISODIO 4
Felipe enamorado

"Te estás rayando, macho. Tú flipas en colores". Eso me dijo Norberto cuando le conté que Dory estaba colada por mí. Lo tenía por amigo pero casi dejamos de hablarnos.

"Pues, para que te enteres, el sábado he quedado con ella para ir al cine; compruébalo tú mismo", le repliqué desafiante. Norberto se encogió de hombros y sólo contestó: "Sí, hombre, no tengo otra cosa mejor que hacer".

Estaba persuadido de que la reacción de Norberto era pura envidia. Que Dory me hubiese pedido un poema de amor y, sobre todo, que, sin mencionarme para nada a Ernesto, hubiese aceptado encantada mi invitación para ir al cine era para mí la prueba definitiva de que no se trataba de un simple coqueteo. Claro que entonces no sabía aún que Ernesto tenía aquel fin de semana boda familiar y ni siquiera estaba en la ciudad…

Ya era jueves y yo, la verdad, andaba preocupado porque no había conseguido escribir un poema en verso como Dios manda. Había escrito unas líneas intentando expresar la euforia (y también la angustia) que sentía. Nunca me atreví a enseñárselas a nadie, pero las he guardado. Aún ahora, de vez en cuando las leo y experimento como una nostalgia por no poder sentir ya lo mismo que entonces. Tienen un título raro: "Réquiem

por la *play station*". Creo que casi me las sé de memoria. Decían algo así:

Siento tanta alegría que a veces me da miedo. En medio de la euforia me sobrecoge el temor de perder algún día lo que aún no poseo.

Recuerdo entonces con tristeza ese tiempo para mí ya tan lejano (a pesar de lo que digan los calendarios), en que el despertador sólo marcaba el límite entre dos pesadillas, en que yo salía de casa arrastrando los pies con la mirada perdida, en que me pasaba las horas soñando únicamente con el botellón del viernes noche, con la música enloquecida de los sábados y con el partido de los domingos.

Ahora yo despierto al despertador antes de que me estropee el día con su estridencia, los pies me bailan por las mañanas y todo parece tener un sentido cuando te veo en clase. Me gustaría que el tiempo se congelase cuando nuestras miradas se cruzan y parecen besarse. Ahora me siento bondadoso con los gatos que siempre me han horrorizado y hasta me compadezco del mendigo que rebusca en las basuras y al que antes miraba indiferente. Mientras tanto, en un rincón, la play station se ahoga en el polvo.

Llegó el sábado, aunque me pareció que eso no iba a suceder nunca. Dory se presentó tarde a la cita. La película estaba ya medio empezada, así que decidimos esperar a la siguiente sesión. Para hacer tiempo nos metimos en la cafetería de enfrente. Me acuerdo que ella pidió una coca-cola y yo cerveza, a pesar de que no me gusta nada. Como siempre, nos pusimos a hablar de nuestros personajes en la obra y de algunas escenas.

—Sigo viendo a Juana como un personaje débil, pero ahora la valoro más. Creo que es la única persona que se da cuenta

de que cuando Ignacio insiste en que quiere ver la luz lo que está pidiendo a gritos es amor.

—Puede que tengas razón, que sea una luz interior lo que en el fondo busca –le respondí–, pero él no es en absoluto consciente de eso. Si los demás internos no quieren afrontar la realidad externa tal como es, Ignacio tampoco quiere afrontar su realidad de ciego tal como es. Prefiere vivir en la amargura y en la inadaptación y arrastrar a ella a los demás con tal de mantener su sueño imposible de querer ver la luz como los videntes. Confieso que la escena que más me emociona de la obra es aquella del tercer acto en que Ignacio le dice a Carlos:

"Yo he sentido cómo los videntes se alegran cuando vuelve la luz por la mañana. Van identificando los objetos, gozándose en sus formas y colores. ¡Se saturan de la alegría de la luz, que es para ellos como un verdadero don de Dios! Un don tan grande que se ingeniaron para producirlo de noche. Pero para nosotros todo es igual. La luz puede volver; puede ir sacando de la oscuridad las formas y los colores; ¡puede dar a las cosas la plenitud de su existencia! ¡Incluso a las lejanas estrellas! ¡Es igual! Nada vemos."

Yo creo que Ignacio se equivoca al dar tanta importancia a la luz exterior, es mucho más importante el estado interior. Si estoy deprimido, la claridad me mata; si estoy alegre, la oscuridad me parece bella y estimulante. Es el amor el que da a las cosas "la plenitud de su existencia".

Mientras yo hablaba, Dory evitaba mi mirada y por primera vez la vi cortada. Ahora pienso que tal vez entonces ya estaba pensando que había llevado demasiado lejos la broma.

—Creo que tú sí que eres platónico –me dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Cuando el otro día Venancio nos explicó el mito de la caverna de Platón, Alicia dijo que la obra de teatro era un plagio. Ya sabes de qué va ese mito, ¿no? Unos prisioneros atados de pies y manos toman como única realidad las sombras que ven en el fondo de la caverna. Uno de ellos empieza a soltarse y consigue ver detrás de él los objetos y el fuego que proyecta sobre el muro del fondo sus sombras; cuando se libera del todo consigue salir de la caverna y contemplar un mundo exterior aún más brillante, iluminado por la luz del sol. De vuelta a la caverna los que siguen presos no quieren creer en la existencia de una realidad más auténtica y están dispuestos a matar con tal de que no se perturbe el engaño en que viven.

—Sí, se parece. Pero por qué dices que yo sí soy platónico.

—Porque creo que Alicia no tiene razón, que la obra en el fondo no es nada platónica y que lo que tú dices sí lo es. El mito de la caverna da a entender que con esfuerzo podemos liberarnos y llegar a ver esa realidad más auténtica detrás de las apariencias (el sol está ahí fuera esperándonos), pero Ignacio, por mucho que se esfuerce, jamás llegará a ver, su deseo es una quimera inalcanzable que solo le conduce a la destrucción. En *El Banquete*, el libro que he escogido para hacer el trabajo de Filosofía, Platón habla del amor de una forma parecida a como lo haces tú. Nos dice que es un impulso que nos mueve a buscar la perfección, la belleza, la "plenitud", como tú dices. Esa belleza primero aprendemos a apreciarla en las formas externas visibles, luego en las conductas y finalmente en la comprensión de las ideas que ordenan el mundo y son, según él, la realidad más pura.

—Pues yo no creo que la plenitud de las cosas sean simples ideas.

Seguimos hablando mucho rato. Le pregunté qué opinaba ella sobre el amor. Me contestó que amar es el deseo constante de compartir la vida con otra persona y luego se puso en plan psicóloga diciendo que el amor era un sentimiento necesario para alcanzar el equilibrio afectivo y que las personas incapaces de amar jamás pueden ser felices ni dar felicidad a los demás. Me atreví a preguntarle qué opinaba Ernesto sobre el amor. Soltó una risita un tanto forzada y dijo que Ernesto creía que el amor era cosa de química, de feromonas y cosas así.

—Oye, ¿sabes que son ya las ocho y hace más de media hora que ha empezado la segunda sesión? Voy a tener que marcharme ya –dijo de pronto Dory.

—Vale, pero sigue pendiente ir al cine. ¿Cuándo quedamos?

—Ya quedaremos, olvidas que nos vemos todos los días en el insti… –y se marchó precipitadamente.

No hubo besos, ni achuchones, pero no se puede decir que me quedase frustrado. Al contrario, estaba como una moto. Antes de volver a casa me pasé por el bar y le dije a mi madre que necesitaba dinero para comprarme ropa decente. Mi madre me miró alucinada. "¿Desde cuándo te preocupas tú de esas cosas?", dijo. Aquella noche en mi habitación escribí el poema de una tirada.

A la mañana siguiente, a la salida de clase, abordé a Irene y le enseñé mi poema. "Dime qué te parece y no me mientas, ¿vale?". Se puso a leerlo en voz alta y yo lanzaba furtivas miradas a derecha y a izquierda temiendo que alguien de clase la oyese:

Dicen que el amor es ciego,
seductor y mentiroso,
egoísta y pendenciero.
Dicen que el amor es loco.

Pero yo siento en mi pecho
un rasgado de guitarras
que tensa todo mi cuerpo
e ilumina mi mirada.

Las cosas que me rodean,
antes grises y apagadas,
¡bendita seas, ceguera!
ahora brillan y destacan.

Palabras desconocidas
que nada significaban,
¡bendita seas, mentira!
antes mudas, ahora hablan.

¿Egoísta es el deseo
de atravesar las corazas,
de unirme a ti en un gran beso,
de entregarme en cuerpo y alma?

¿Es locura el sentimiento,
esa profunda alegría,
de estar con el universo
viviendo en plena armonía?

Lo que ilumina no ciega.
Lo que desvela no miente.
Lo que entrega no vulnera.
Lo que alegra no enloquece.

Amor mío, tuyo, nuestro,
eres realmente bueno.
Haces que el mundo entero
se nos muestre verdadero.

—¿Qué te parece? –le pregunté con ansiedad.

—El poema me gusta mucho, pero si la persona a la que quieres entregarte "en cuerpo y alma" es la que yo me pienso, sólo te digo que te andes con cuidado –me contestó.

No di mucha importancia a sus últimas palabras. Tiene celos, pensé.

EPISODIO 5
Mirando con distintos ojos

—Son las cinco y diez y faltan por lo menos la mitad de las personas; aquí no hay seriedad –se quejó Inés antes de empezar el ensayo mientras yo estaba pensando en cómo podría dar mi poema a Dory sin que nadie lo viese.

—Sí; y lo peor es que encima de llegar tarde algunos traerán el papel sin aprender; a este paso... –contestó Belén.

—Bueno, muchachos; vamos a mirarlo por el lado positivo; aprovecharemos el tiempo de espera para otras cosas –intervino Helena–. Clara, Alicia..., ¿no queríais ayudar? Pues podríais ir pensando en los decorados. He hecho algunos bocetos con la ayuda de Diego, mi compañero, ya le conocéis de la conferencia; pero no tengo muy claro cómo vamos a construirlos, a ver si a vosotras se os ocurre algo. Si necesitáis herramientas o materiales del Departamento de Tecnología me lo decís, que hablaré con ellos.

Entonces fue cuando Mohamed se ofreció a clavar unas tablas para poner papel continuo encima y dibujar los decorados. Lo dijo como con miedo. A este tío siempre parece que le da vergüenza hablar; encima que se ofrecía a hacer algo... Para eso otros bocazas no se cortan un pelo.

—Pues no tendrás que decirlo dos veces; contamos contigo. Oye, hacer todo esto va a ser complicado, ¿no? –preguntó Alicia ojeando los bocetos.

—No tanto. Yo os puedo dar ideas de cómo hacerlo. Sólo hay que echarle un poco de imaginación. Lo que sí dará más trabajo es el vestuario –intervino Diego.

—Mi madre sabe coser muy bien. Seguro que nos echa una mano; puede hacernos los patrones... –dijo Alicia. Y desde ese momento yo ya sabía que a Alicia le iba a tocar todo el curro del vestuario. Si es que ésta no sé cómo se las arregla, pero se las carga todas.

—Oye, no sabíamos que además de entender de planetas y esas cosas también entendías de teatro –dije yo, dirigiéndome a Diego mientras me acercaba disimuladamente al grupo y pasaba un papelito a Dory, que estaba sentada y parecía muy concentrada en repasar su papel de "Juana".

Dory desdobló la hoja que le había pasado sin que nadie se diera cuenta, la puso delante de los folios y siguió a lo suyo; nadie notó nada, excepto ella y yo.

—Bueno, no entiendo mucho; pero Helena me hace ir a menudo, porque a ella le entusiasma y poco a poco me he ido aficionando. Así que hoy he venido con ella a ver como va vuestra obra –contestó Diego.

—De pena –contestó Raúl entrando en ese momento con Sonia, Santi y Julio.

—Tú siempre tan optimista. Si empezaras por ser puntual y saberte tu papel, seguro que nos iba mejor –contestó Clara.

—Claro, como tú no tienes que aprenderte ninguno... –contestó Raúl.

—Bueno, siento que hayamos llegado tarde, pero yo sí creo que hacer de ciego tiene su complicación, ¿eh? –dijo Julio.

—Y tanto –dijo Norberto–. Anoche me pegué una leche con el escritorio mientras ensayaba. Es que cerré los ojos para meterme más en el papel, pero no sé..., se me hace raro.

—Bueno, poco a poco lo iremos consiguiendo, Norberto. Sobre todo si empezáis por aprenderos lo que tenéis que decir e intentáis ensayar en casa. Venga, que ya estamos todos, vamos a empezar a trabajar. Julio, Gerardo e Irene, vamos a ensayar la escena de la conversación entre el padre de Ignacio, Don Pablo y su mujer. Todos los demás, ¿os sabéis bien vuestro papel? Os lo voy a preguntar uno por uno; y, además, vamos a ver cómo nos movemos en el escenario con los ojos tapados –decía Helena con entusiasmo mientras empezaba a vendar los ojos a Norberto con una bufanda.

—¿A que se pega otra leche? –dijo Clara a carcajadas–. Esta tía es que no se calla ni debajo del agua.

—Como se ría ésa yo no me tapo los ojos –dijo Norberto a Helena, que se había mosqueado, claro, y se había bajado la bufanda.

—Clara, Alicia, ¿por qué no hablamos nosotros de los decorados mientras tanto y dejamos a los demás que intenten moverse como si no vieran? –intervino Diego.

—Venga tío, vámonos con ellos, a ver si hacemos esas tablas; yo te echo una mano –dijo Felipe dirigiéndose a Mohamed y saliendo con Diego, Alicia y Clara.

—Qué curioso. Lo de no ver, quiero decir –dijo Alicia–. ¿Podría un ciego llegar a entender qué es el color azul?

—Evidentemente, no –contestó Diego–. Los colores, los olores, los sabores... no existen tal cual en el mundo; más bien los fabrica nuestro sistema nervioso a partir de determinados estímulos que vienen de fuera. Pero si los órganos de nuestros sentidos fueran diferentes también nuestra percepción del

color lo sería. De hecho, existen rayos ultravioletas o infrarrojos que nosotros no podemos ver. Y según qué especies, los animales perciben unos u otros colores... mirando lo mismo.

—Entonces, ¿cómo podemos saber cómo es el mundo? –se preguntó Clara, como si estuviera pensando en voz alta.

—Según la conferencia del otro día, sería a través de las matemáticas, ¿no? –dijo Alicia.

—Efectivamente, eso es lo que creyó Galileo; y con él todos los demás científicos de la modernidad –dijo Diego.

—Bueno, pues yo no acabo de ver eso tan claro –dijo Alicia–. Si lo único que existe es lo que se puede medir, entonces el odio o el amor no existen. Además, los colores nos vienen muy bien en los semáforos para distinguir si pasamos o no. Aunque ya sabemos que en realidad están impactando en nuestros ojos ondas de determinadas longitudes... que, al final, nosotros percibimos como rojo o como verde –dijo Alicia.

—Cuidado, que los daltónicos lo perciben al revés o no sé bien cómo. Y los ciegos de ninguna manera –añadió Clara.

—Claro; si es que el problema para los ciegos consiste en que el mundo está organizado en función de cómo percibe la mayoría. No es una limitación para un murciélago ser ciego; sí lo es para un ser humano, puesto que tiene que vivir en un mundo en el que hay semáforos; o sea, en el mundo de los que ven. Es como el Ramadán; resulta mucho más complicado aquí que en un país donde la mayoría de las personas practican el Islam. Supongo que igual de complicado que celebrar Noche Buena y Navidad en un país donde muy pocos fueran cristianos y esos días fueran días normales en los que se trabaja, se va al instituto... –dijo Mohamed. Yo estaba pensando en Dory, pero lo que dijo Mohamed me hizo aterrizar; no dije nada pero me acordé de cuando yo estaba en Suiza, de pequeño.

—Por eso los ciegos de la obra viven en la gloria en su centro, porque está pensado para los que no ven –dijo Clara.

—Sí, pero eso es un error de los gordos. Porque no van a encerrarse en su centro. Tendrán que salir. Además, los ciegos no podrán hacer muchas cosas, pero seguro que sí pueden hacer otras; y si hacen como Carlos, que se niegan a usar bastón, nunca podrán viajar en metro, por ejemplo. Claro que si hacen como Ignacio, que todo lo ve negativo, al final no hacen ni siquiera lo que pueden hacer –dijo Alicia.

—Pues sí. Seguro que todos podemos elegir entre un abanico de posibilidades en nuestras vidas, pero un ciego tiene un abanico menor que otros –puntualizó Diego–. Reconocer las propias limitaciones es el primer paso para aprovechar las capacidades. Si tú, Felipe, fueras al instituto sin gafas, seguro que no verías la pizarra, ¿verdad? Pero gracias a tus gafas puedes percibir lo mismo que los demás. El problema está en que un ciego no llegará jamás a ciertas "realidades" que no son simplemente cosas que existen en el mundo, sino que dependen de nuestro sistema sensorial. Por eso un ciego entiende lo qué es este bolígrafo, que puede tocar, oler, chupar... y también medir, pesar...; entiende lo que es un triángulo, que puede imaginar, y puede también calcular sus dimensiones, pero en su mundo nunca existirá el color, a no ser que haya visto en una época de su vida y luego se haya quedado ciego. Un sordo puede componer música... si antes ha oído. Galileo escribió su obra cumbre: Los *Discursos* cuando ya estaba ciego y, además, prisionero de la Inquisición, sin laboratorio, sin experimentar. Pero antes había visto; y antes había observado... y podía seguir haciendo experimentos "mentales". También Kepler padeció toda su vida una miopía que avanzaba sin parar hasta dejarle con una visión muy deficiente. Pero él contaba con todas las

observaciones que había hecho Tycho Brahe, y que él no hubiera podido hacer por sí mismo, claro.

—Estaba pensando... Si cuando Galileo construyó el telescopio se empezaron a "ver" cosas que antes no se veían, ¿cuántas más cosas habrá en la realidad que nadie ha visto jamás, que no nos podemos ni imaginar? –preguntó Alicia pensativa.

—Pero, vamos a ver, ¿la realidad es lo que percibe la mayoría de los seres humanos o lo que existe fuera de nosotros, de lo que sólo podemos percibir una parte, suponiendo que no tengamos ninguna alteración en nuestros sentidos? –preguntó Clara que parecía que por una vez, en vez de decir tonterías y meterse con todos, estaba usando el cerebro.

No sé si me acuerdo bien de todo... y ya lo siento, porque creo que fue una conversación cojonuda, parecían todos cerebritos; todavía Diego, o Alicia... bueno, pero es que hasta Mohamed y Clara parecía que se habían vuelto más listos; y yo, mientras tanto, en la Luna, pensando en Dory...

—¡Todo el mundo a ver la escena que hemos ensayado! Que nadie hable ahora. Al final haremos una crítica constructiva con los fallos que haya que pulir –el elevado tono de la voz de Helena interrumpió la conversación de Diego, Alicia, Clara y Mohamed.

Yo no tenía la cabeza en el escenario; mientras actuaban empecé a darle vueltas a lo que habían estado hablando sobre el significado de ser ciego... era como si me enterase de la conversación con retraso... Mientras Julio, Gerardo e Irene representaban su escena, yo pensaba en la diferencia entre ser ciego en un mundo de ciegos y en un mundo en el que la mayoría ve. Pensaba también en el mundo... ¿El mundo que existía era el que percibíamos los que veíamos? ¿Sería el que percibían los ciegos? ¿Habría un mundo misterioso que ningún ser

humano podría imaginar jamás? Y otros seres inteligentes, si los hubiera..., ¿percibirían un mundo distinto al de los seres humanos? De repente, me asaltó una duda: ¿cómo puedo saber que lo que yo percibo como "azul" es lo mismo que lo que ven Diego, Alicia, Clara o Mohamed? ¿Y el sabor del chicle de fresa ácida que Diego nos había ofrecido a todos y que yo sentía de una manera más tenue que al principio? Allí estábamos los cinco mascando cinco chicles iguales... percibiendo un gustillo a fresa ácida que se iba haciendo más borroso cuanto más mascábamos..., ¿percibiríamos los cinco el mismo sabor?, ¿percibiríamos sabores distintos?, ¿cómo podríamos explicarle a una persona con una alteración en el sentido del gusto cómo era esa sensación?, ¿cómo podría yo explicar a Diego, a Alicia, a Mohamed y a Clara cuál era ese sabor para ver si era exactamente lo mismo que percibían ellos?, ¿por qué no podía preguntárselo? De repente, me asaltó una terrible duda. Dory me había elegido para el papel, me había hecho claras insinuaciones, me había pedido un poema de amor… y yo estaba como loco. ¿Pero quién me aseguraba que todo eso significaba para ella lo mismo que para mí?

EPISODIO 6
El mito de la ciencia

Luego parecía que las clases de Filosofía, y el teatro, y la conferencia de Diego... todo se juntaba y se hacía un lío. Y también se liaba todo con lo de Dory y lo mío. Sólo que yo, que soy imbécil, no me enteraba de nada.

—Todas las civilizaciones del planeta han elaborado sus propias cosmologías –nos iba explicando Venancio mientras sobre la blanca pared del fondo de la clase se veía una curiosa imagen que acababa de poner el retroproyector. Una figura femenina formaba una especie de arco al apoyarse en el suelo sobre sus manos y sus pies; todo su cuerpo estaba salpicado de estrellas. Debajo de este "arco" otra figura masculina yacía en el suelo; entre las dos, algunas otras figuras humanas y animales completaban el conjunto. Era una diosa, no me acuerdo cómo se llamaba, pero había algo en su rostro que me recordaba a Dory.

—¿Te sabes ya el papel entero? –me susurró Norberto.

—Casi. Si es que me ha tocado el más largo, joder. Pero tengo que hacerlo bien sea como sea –le contesté.

—Si quieres, se lo decimos a Mohamed y a Santi y ensayamos en el recreo la escena que tenemos los cuatro –me propuso Norberto.

—Vale, tío, pero donde no nos vea nadie, que más que ciegos parecemos zombis –dije yo.

—Felipe, Norberto, ¿vosotros podéis contestar a Sonia? –preguntó Venancio de repente.

—Pues no, cómo van a poder contestar si estaban a lo suyo; seguro que ni se han enterado de lo que ha preguntado –dijo Olga detrás de ellos; si no llega a hablar, revienta. Como si no fuera ella la que no suele enterarse en la mayoría de las clases...

—Bueno, no pasa nada. Vamos a ver, ¿alguien puede aclarar a Sonia qué es una cosmología? –insistió Venancio.

—Creo que una cosmología podría ser una explicación de lo que es el conjunto del mundo, ¿no? –intervino Quique.

—Efectivamente –dijo Venancio–. Pero el mundo es muy distinto en distintas culturas y en distintos momentos de la historia: esta transparencia os muestra el mundo de los egipcios, con la tierra debajo y el cielo encima... en su mundo no había galaxias, por ejemplo, y en el nuestro sí.

—El mundo es el mismo para nosotros y para los egipcios; lo que pasa es que los egipcios eran unos ignorantes –dijo Raúl.

—No, Raúl, no eran ignorantes; simplemente no habían visto cosas que nosotros hemos podido ver. Seguro que hay todavía más cosas que nosotros no hemos visto, ni directamente ni a través de telescopios u otros aparatos de la tecnología –dijo Julio.

—Mira, macho; decir que el Sol es una barca que navega por el cielo no es de ser muy listo. Vale que no supieran cosas. Si yo puedo admitir hasta que se pensaran que era el Sol el que daba vueltas alrededor de la Tierra, pero lo de la barca... eso no lo diría nunca un científico; a un científico nunca se le ocurriría decir que el Sol es un dios navegando por el cielo en una barca –insistió Raúl–. Por eso la ciencia progresa, aunque

no lo sepa todo. Y si no, ahí tienes la conferencia que nos dieron el otro día. Kepler descubrió la órbita de los planetas, Galileo la caída de los graves, Descartes la inercia. Cada uno una cosa, pero ninguno decía chorradas. Así sí se puede avanzar porque cada uno pone su grano de arena.

—Raúl, esta exposición que nos has hecho de la ciencia es la propia del positivismo –dijo Venancio. Nadie se creía lo que estaba pasando. Si es que el tío este, como no sea en la clase de Educación Física, nunca se luce. Yo no sé qué pinta en el instituto...–. Los positivistas creen que, efectivamente, hay una separación radical entre la explicación mítica y religiosa y la explicación científica. Y también creen que la ciencia alcanza verdades acumulables. No obstante, no todos estarían de acuerdo con ellos. En primer lugar, porque mito y razón han convivido durante muchos siglos; es cierto que los egipcios creían que Ra era un dios navegando en barca por el cielo; pero también es cierto que Kepler se dedicó a la astrología; y Newton a la alquimia; y se creía el elegido de su dios, el dios de los arrianos, que le estaba desvelando las leyes de la naturaleza. Además, ¿cuántos de vosotros leéis los horóscopos, ahora, en el siglo XXI? Por cierto que un alumno de este instituto, no diré quién, me ha dicho recientemente que traía una sudadera azul porque le daba suerte; parece que en el último examen de Matemáticas llevaba la sudadera y aprobó, así que como ese día volvía a tener examen, traía la misma sudadera. ¿De verdad creéis que el pensamiento mítico y mágico están tan superados?

—Es verdad –intervino Clara mirando a Raúl–. Además yo sé de algunos que quedan para hacer sesiones de espiritismo con un vaso y luego dicen que los egipcios eran ignorantes. Pero a mí hay otra cosa que me preocupa más, profe. Verá:

resulta que parece que la razón se tiene que apoyar en lo que vemos, en datos, no en suposiciones, ni en creencias raras, vale. Pero ayer, mientras todos estaban ensayando, Alicia, Felipe, Mohamed y yo estuvimos hablando con Diego sobre la ceguera y sobre algo de la conferencia. Total, que se me empezaron a ocurrir muchas cosas, que creo que tienen que ver con esto. Vamos a ver: los antiguos "veían" que la tierra está quieta y que el Sol se mueve a su alrededor, ¿o no? Y también veían que cualquier móvil acaba parándose y no sigue moviéndose eternamente como dice el principio de inercia, ¿no?

—No. El móvil se para por el rozamiento. Si no, seguiría moviéndose eternamente –respondió Inés con seguridad, mientras casi todos asentían.

—¿Y quién ha visto al rozamiento? ¿Qué es eso? ¿Cómo puedo yo saber si lo que yo percibo como azul o como salado o dulce es lo mismo que percibís vosotros, o cualquier otro ser humano? –contestó Clara.

—Ésta se está rayando –dijo Ernesto a Belén en voz baja. Pero estaban detrás de mí y yo le oí perfectamente.

—Clara, creo que estás apuntando un problema filosófico crucial –intervino Venancio.

—Ya te lo decía yo –volvió a decir Ernesto a Belén sin que lo oyera nadie más que Belén y yo.

—En la Modernidad, justo cuando se produjo la revolución científica de la que Diego os dio esa charla interesantísima, se produce una confianza ilimitada en los "datos de los sentidos". Y esa confianza la han mantenido los positivistas y los neopositivistas hasta hace muy poco tiempo. Según ellos, si sólo utilizamos datos sensibles elementales, aplicándoles la lógica y las matemáticas correctamente, llegaremos a conocimientos seguros –dijo Venancio.

—Pues claro; si es lo que decía Raúl al principio de la clase –dijo Ernesto.

—Sí, es lo que decía Raúl, pero no está tan claro para todos, porque, si eso fuera así, no existirían las revoluciones científicas como la que os contó Diego –continuó Venancio.

—Bueno, pero eso pasó porque los antiguos y los medievales no utilizaban el método científico y además eran dogmáticos e intolerantes. ¿No se negaban a mirar por el telescopio? –intervino Gerardo.

—Sí, Gerardo, se negaban. Pero también es cierto que Galileo no tenía una teoría óptica ni una teoría de la visión que justificase su uso. Podría haber sido un trasto como los espejos que deforman las imágenes en las barracas de feria, o algo parecido. Quien sí tenía una teoría óptica era Kepler, pero nunca hizo ningún telescopio. Seguramente, como apenas veía, era muy torpe para las tareas manuales; prefería las matemáticas –dijo Venancio.

—Y si yo no puedo estar segura de que todos percibamos el color de la pizarra del mismo modo, aunque todos digamos que es verde, ¿cómo la ciencia puede contar con datos sensibles seguros? –preguntó Clara.

—Ya sé –dijo Julio–. Porque son las cualidades secundarias las que no valen para la ciencia; las cualidades primarias, o sea, las que se pueden medir, sí valen y en eso sí se puede hacer avanzar el conocimiento –respondió Julio. Este tío controla; no se le escapa una, pero yo no sé si esta vez tenía razón. Pensé si el amor que yo sentía era un dato o qué era, porque algo tenía que ser, aunque Dory se estuviese riendo de mí, bueno ella y algunas más; al menos lo que yo sentía entonces, que no sabía nada del engaño, sí lo sentía de verdad, y no se podía medir...

—Sí, Julio, eso pretendieron los modernos. No obstante, para poder medir algo, primero hay que ponerse de acuerdo en qué es ese algo que estamos midiendo. ¿Qué es el tiempo? ¿Qué es el espacio? ¿Qué es el movimiento? No se trata de que los antiguos midieran peor y que los modernos lo hicieran mejor. Se trata de que entendían por "movimiento" cosas distintas. De hecho, los ejemplos de movimiento que pondrían Aristóteles y Galileo serían bastante distintos. Sólo habría algunos casos en común. El caso es que en cada momento de la historia de la ciencia la comunidad científica llega a acuerdos que pueden ser incluso inconscientes, sobre el significado de todos estos términos metafísicos y todos los científicos parten de la misma base conceptual... que en un momento dado la comunidad rechazará y sustituirá por otra –respondió Venancio.

—Vamos a ver, que a mí se me va la olla... Todo el mundo sabe lo que es el movimiento. Y si el Aristóteles ese decía otra cosa, es la prueba de que era prehistórico. Pero, ¿a que todos los científicos normales desde Galileo están ya de acuerdo en lo que es el movimiento? –dijo Raúl.

—Pues no, Raúl. Yo no sé si serán normales los científicos. Pero lo que sí te puedo decir es que en el paradigma vigente en la Física en la actualidad "movimiento" es algo distinto a lo que era en el siglo XVII, en la Física clásica. Y lo que hizo Einstein no fue solamente un montón de cálculos matemáticos y lógicos. Lo que hizo fue cambiar los conceptos de espacio, tiempo... Por cierto, que, según cuenta en su autobiografía intelectual, hubo tres cosas que marcaron su formación: una brújula, un manual de geometría de Euclides, y la *Crítica de la Razón Pura*, de Kant –puntualizó Venancio.

—Bueno, si no suena la sirena yo creo que nos tienen que llevar al loquero, macho; vaya clase –nos iba diciendo

Norberto, mientras nos escondíamos del profesor de guardia, empeñado en que no quedara ninguno sin salir al patio del recreo.

—Venga, vamos a callarnos, que no nos oigan, y cuando se despejen los pasillos ensayamos, que como no nos salga esto mejor, el día de la actuación la cagamos; se va a reír de nosotros todo el instituto –dije yo mientras nos encerrábamos en los servicios.

—Ya no se ve a nadie; estaba de guardia Ramón, pero ya se ha ido –dijo Mohamed después de asomarse al pasillo–. ¿Y Santi?

—¿Dónde se ha metido éste? –preguntó Norberto.

Se me ha ocurrido una idea genial –¡no os riáis!–, y es la siguiente: nosotros no vemos. Bien. ¿Concebimos la vista? No. Luego la vista es inconcebible. Luego los videntes no ven tampoco. Una voz fantasmagórica sonaba dentro de uno de los servicios. Mohamed empujó la puerta y todos vimos a Santi. Había bajado la tapadera de la taza y se había sentado encima. Sobre sus rodillas tenía el papel de Miguelín y repetía una y otra vez la misma frase de su papel mientras miraba al vacío.

—Sí, tío, sí, que ya vemos que te sabes la frase –dijo Norberto.

—¿Es que no os dais cuenta de que es justo de lo que acabamos de hablar en clase de Filosofía? Para los aristotélicos los modernos padecen una alucinación y para los modernos, los aristotélicos también –respuso Santi.

—Pero esos no estaban ciegos –dijo Mohamed.

—¿Vemos sólo con los ojos? –preguntó Santi.

—Mira tío, ten cuidado, estás alucinando. Además, vamos a ensayar, que es lo que íbamos a hacer; venga, que empiezo yo, o sea, Andrés. ¿Estáis todos listos? Pues atentos, y tú levántate

de la taza del váter, macho, pero quédate con esa cara de alucinado, que no va mal para hacer de ciego. Venga, va –dijo Norberto antes de empezar.

EPISODIO 7
Alucinación colectiva

No hago más que dar vueltas a todo lo que pasó; yo estaba en la Luna de Valencia. Si es que no me enteraba de nada de lo que ya sabían muchos. Recuerdo aquella mañana... Tuvimos clase de Filosofía primero... y luego volvió Venancio. Empezamos con las exposiciones sobre el método científico. Yo estaba encantado porque, como era Dory la que exponía, podía mirarla todo el rato sin que nadie se mosqueara.

—Así pues, como conclusión, podemos considerar que los tres grandes métodos de la ciencia son el inductivo, el deductivo y el hipotético-deductivo. Mientras el inductivo recoge datos sobre los cuales generaliza, el deductivo parte de unos principios y a partir de ahí deduce todo aquello que se pueda derivar de esos principios. El primero parece más adecuado para las ciencias empíricas, como la botánica o la zoología, por ejemplo. Si resulta que vemos que los peces respiran por branquias, y eso se comprueba en el caso de un pez, y de otro pez, etc., al final se podría considerar que todos los peces respiran por branquias. El segundo método, el deductivo, sería más adecuado para las matemáticas; por ejemplo, en geometría. Cuando Euclides sistematizó la geometría simplemente estableció una serie de axiomas, o sea de verdades evidentes (por ejemplo, que por un punto exterior a una recta pasa sólo una

paralela) y, a partir de ellos, se deducen todos los teoremas que estudiamos en Matemáticas (por ejemplo el Teorema de Tales, o el Teorema de Pitágoras). Sin embargo, según parece, el método inductivo puro no resulta tan fructífero; al menos eso es lo que nosotros hemos encontrado. De ahí que, en realidad, el desarrollo real del conocimiento científico se produzca más bien según los pasos establecidos en el método hipotético-deductivo. O sea, que el científico no extrae las generalizaciones de muchas observaciones particulares, sino que más bien inventa hipótesis. Luego comprueba si esa hipótesis funciona o no funciona observando la realidad o haciendo un experimento. Si funciona, pues muy bien. Si no funciona pues se rechaza y se busca otra –Dory acabó de hacer la exposición del trabajo que les había tocado preparar para la clase de Filosofía.

—¡Os felicito! Y no sólo porque es evidente que habéis trabajado los textos que os di, sino también porque vuestra exposición ha sido muy clara y sistemática. Supongo que vuestros compañeros ya tienen claras las líneas generales del método inductivo, del deductivo y del hipotético-deductivo –dijo Venancio, mientras Dory, Julio e Irene se quedaban muy satisfechos de la felicitación pública por el trabajo realizado–. Ahora falta que Gerardo, Belén e Inés nos cuenten un experimento de los que hayáis hecho alguna vez en una clase de ciencias.

Dory y Julio recogieron sus notas de la mesa del profesor mientras Irene borraba la pizarra. Entre tanto, Gerardo se disponía a comenzar su exposición y Belén e Inés colgaban dos cartulinas pegadas con celo con un dibujo. Mostraba un recipiente bastante grande con un líquido en su interior. Tres tubos invertidos se introducían en el líquido del recipiente y ellas mismas contenían a su vez el mismo líquido, que no se vaciaba en el recipiente, a pesar de no haber ninguna tapadera en

los tubos, sino que se mantenía dentro de ellos hasta diferentes niveles, por encima del nivel del líquido del recipiente. Santi escuchaba la exposición con un gesto que, por un lado, reflejaba cierta ausencia, cierto distanciamiento de lo que sucedía, y por otro lado, sugería una gran concentración. Su rostro iba adquiriendo más y más gravedad.

—Hemos elegido el experimento que hicimos en la clase de Física para demostrar la existencia del vacío. Lo hizo por primera vez Torricelli. El primer tubo muestra lo que sucedería con el mercurio si el experimento se hace al nivel del mar, el segundo muestra lo que sucedería si se hace en una montaña o en una meseta y el tercero muestra lo que sucedería si se hace por debajo del nivel del mar. Por supuesto, si en vez de mercurio se utiliza agua, el resultado sería el mismo, sólo que necesitaríamos un tubo muchísimo más alto, puesto que la densidad del mercurio es de 13,6 g/cm^3 y la del agua es de 1 g/cm^3. No os contamos el experimento porque ya lo hicimos en el laboratorio con Raquel, y os acordaréis todos. De lo que se trata es de que aquí parece que se cumplen los pasos del método hipotético-deductivo. En primer lugar, se produce una observación y una selección de datos válidos para la ciencia; o sea, de datos cuantitativos, de lo que se puede medir, pesar... Después se elabora una hipótesis a partir de esos datos; de esa hipótesis se derivarán ciertas consecuencias. Pues bien, este experimento demuestra que se cumplen las consecuencias de la hipótesis de que existe el vacío.

Yo no prestaba mucha atención, sobre todo desde que Dory fue sustituida por Gerardo en la exposición, pero Santi, que estaba al lado mío, ni se molestaba en disimular. Si es que a este tío le dan unos puntazos... Sin cortarse un pelo sacó de nuevo la fotocopia donde estaba escrita la escena que había

ensayado con Norberto, con Mohamed y conmigo en el servicio, durante el recreo.

—Bien; gracias a los tres –dijo Venancio cuando la exposición terminó–. ¿Alguien quiere hacer alguna pregunta?

—Yo –dijo Santi, mientras levantaba el brazo–. ¿Cómo se inventa una hipótesis?

Todavía me acuerdo de la cara de Gerardo; se puso pálido. Seguro que se acojonó pensando que le iba a tener que contestar él. "Éste le ajusta las cuentas a Santi en la primera ocasión que se le presente", pensé. Pero la cara de Gerardo no era la única que se había transformado. La de Venancio también lo había hecho. Sentado en el pupitre de Inés, había escuchado la exposición como si fuese un alumno más, como suele hacer él. Al oír la pregunta de Santi, sentado en la última fila, al lado mío, se giró hacia él como movido por un resorte mientras su cara reflejaba una expresión como de alegría que no se me olvida.

—¿Cómo se inventa una hipótesis? Gran pregunta, Santi. Lo malo es que está a punto de sonar la sirena. Quiero que todos lo penséis muy despacio; mejor todavía si lo discutís entre vosotros y si lo relacionáis con la exposición de los métodos científicos y con la del experimento de Torricelli. Y ya puestos, con la charla de Diego sobre "La Revolución Científica de la Modernidad" –el ruido de la sirena se fundió con las últimas palabras de Venancio; los que estábamos más cerca de él le oímos murmurar: "maldita sirena; siempre en el momento más inoportuno".

—Que sí, que dicen los de 1º C que Ramón también ha faltado a segunda hora, que tenía clase con ellos, así que nos libramos de Mates. Ahora veremos quién está de guardia. A ver si con suerte faltan muchos profes y no viene nadie, se van todos

con los peques de la ESO. Si es que esto de estar en bachillerato tiene sus ventajas –comentó Raúl al resto de la clase.

—Aquí estoy otra vez. Es que me tocaba de guardia y he pedido a mis compañeros que me dejen este grupo. No quiero perder la oportunidad de continuar con la pregunta de Santi –dijo Venancio entrando de nuevo en el aula.

—Pero ahora no toca Filosofía. Además, tenemos ejercicios de Matemáticas por hacer –dijo Ernesto sacando unas fotocopias. Vaya morro. No hace nunca los ejercicios y ese día parecía que le daba algo si no los hacía. Con tal de no seguir con Filo...

—¿Y a nadie le apetece discutir sobre la pregunta de Santi? –preguntó Venancio– ¿Cómo se inventa una hipótesis? ¿No se atreve nadie con una respuesta, aunque no sea definitiva?

—Yo no tengo la respuesta –dijo Santi con mucha calma mientras todos le miraban con expectación–, pero sí sé cómo no se inventan hipótesis que quieran ser realmente nuevas.

—Bueno, pues estamos deseando oírte –dijo Venancio rompiendo el silencio que se había hecho tras las palabras de Santi.

—La clave está en una escena de la obra de teatro que hemos estado ensayando Norberto, Felipe, Mohamed y yo. Si usted quiere la hacemos ahora –contestó Santi.

—Santi, nunca dejarás de sorprenderme –contestó Venancio.

—Yo no la hago delante de todos, que luego se ríen –dijo Norberto mirando a Clara.

—Bueno, podemos leer los papeles sin actuar, si queréis –dije yo. Me daba apuro no saber hacer de ciego, sobre todo delante de Dory.

—Eso vale –concedió Norberto.

—Bueno, siempre será mejor que un rollo de Venancio o que los ejercicios de Mates –dijo Ernesto no muy alto, pero los que estábamos cerca lo oímos.

Así que salimos los cuatro, apartamos la mesa del profesor y nos colocamos delante de la pizarra, donde antes habían estado exponiendo los otros compañeros. Teníamos las fotocopias de la escena y, como habíamos estado ensayando, la lectura resultó muy clara. Además, todos estaban expectantes y prestaron una gran atención. Comenzó Norberto, que hacía de Andrés. Yo tenía el papel más importante de los cuatro, el de Ignacio; Mohamed apenas tenía que decir una frase. Pero todos quedamos eclipsados por Miguelín, que Santi interpretó sin leer el papel (como hacíamos los demás para no fallar), y con una veracidad digna de un actor profesional:

ANDRÉS: (...) creo que con la ceguera no sólo carecemos de un poder a distancia, sino de un placer también. Un placer maravilloso, seguramente. ¿Cómo supones tú que será?

IGNACIO: Pienso que es como si por los ojos entrase continuamente un cosquilleo que fuese removiendo nuestros nervios y nuestras vísceras... y haciéndonos sentir más tranquilos y mejores.

MIGUEL: ¡Hola, chicos!

ANDRÉS: Llegas a tiempo para decirnos cómo crees tú que es el papel de ver.

MIGUEL: ¡Ah! Pues de un modo muy distinto a como lo ha explicado Ignacio, pero nada de eso importa porque se me ha ocurrido una idea genial –¡no os riáis!–, y es la siguiente: nosotros no vemos. Bien. ¿Concebimos la vista? No. Luego la vista es inconcebible. Luego los videntes no ven tampoco.

(Salvo Ignacio el grupo se ríe a carcajadas)

PEDRO: ¿Pues, qué hacen si no ven?

MIGUEL: No os riáis, idiotas. ¿Qué hacen? Padecen una alucinación colectiva. ¡La locura de la visión! Los únicos normales en este mundo de locos somos nosotros.

—Bueno, la escena ha quedado muy bien –dijo Julio–, pero yo no entiendo qué tiene que ver con la pregunta de Santi sobre la invención de hipótesis, o sobre el método científico. Además, ¿con cuál de los métodos tendría algo que ver?, ¿con el inductivo?, ¿con el deductivo?, ¿con el hipotético-deductivo?

—Con ninguno –respondió Santi despacio–; al menos hasta que alguno explique cómo se inventan las hipótesis. Quién o, mejor dicho, quiénes las inventan.

—Efectivamente; el rigor de un método es otro de los "mitos" de la ciencia –se dispuso a explicarnos Venancio–. Un gran filósofo americano, Pierce, denunció precisamente lo que plantea Santi y él habló de otro método ignorado por la mayoría de los teóricos de la ciencia: la abducción. También él fue el padre del término "comunidad de investigación". Ninguna alucinación individual iría a ningún sitio. Sólo la comunidad de hablantes construye significados, construye mundos que nos sirven para adaptarnos a nuestro medio, que funcionan, en definitiva. Pero a veces surgen nuevas circunstancias que exigen cambiar muchas cosas que habíamos supuesto hasta entonces para poder formular nuevas hipótesis. Miguel podrá negar que haya otros mundos mientras no salga del Centro para ciegos. Igualmente, un científico no podrá inventar nuevas hipótesis mientras no cuestione los supuestos de su comunidad. Perdonadme la paliza que os estoy dando. Os prometo que trataremos todo esto en actividades más interesantes, que preparé para las próximas clases, pero es que la pregunta de Santi y la

escena que acabáis de representar ha sido algo muy especial para mí; me encantaría que sucedieran cosas así en todas las clases.

—Bueno, si en vez de aguantar rollos salen éstos a hacer teatro, vale –dijo Raúl en voz baja a Ernesto–, pero yo ya estoy temiendo las actividades esas, que Santi y Clara yo creo que ya están medio grillados. Verás como le siguen la corriente a Venancio.

Y yo seguía dándole vueltas a lo mío… ¿Seré víctima de una alucinación individual? Norberto dice que estoy flipando, Irene que tenga cuidado, nadie parece creer que Dory esté realmente por mí. ¿Seré yo el equivocado o les ciega un prejuicio a los demás?

EPISODIO 8
¿Estamos solos?

"Vaya día el de hoy. Entre todos los profes nos han metido tralla por un tubo. Lo peor es que ahora voy a estar muy pegado y además está el ensayo", pensaba ese día al salir de clase. Delante de mí marchaba Ernesto y su grupito. No tenía intención de pararme con ellos, varios no me caen nada bien, son unos "pijos". Les saludé inexpresivamente, más por Ernesto, a quien tendría que ver en los ensayos. Pero no hago más que pasarles y escucho unas risitas; me pareció oír alguna alusión a Dory. Estuve por parar, pero no me atrevía; además pensé que era algo normal porque muchos ya se habrían ido dando cuenta de que Dory estaba por mí. Por eso pensé que no la podía fallar; si era una burla, tenía que hacerles frente, no por mí, por ella. Bueno, y por mí, ¿qué iban a pensar todos si no? Que soy un cobarde. Mejor, seguiré adelante como si no hubiera oído, pero como sigan…

—Adiós, pringao de Dory –dijo en ese momento uno de ellos con voz alta y clara. Eso ya no podía dejarlo pasar.

—¿Qué pasa con vosotros, tíos? –les dije, armándome de valor–, ¿qué tenéis contra Dory?

—¡No, nada! Contra Dory, nada. Si ella en realidad es muy lista, ¿verdad Ernesto?

Mientras hablaban sus compinches, Ernesto no decía nada, pero yo estaba seguro de que era el instigador.

—"¡Me pone los cuernos, me pone los cuernos!" –empezó a tararear otro de ellos una canción que reconocí, era de Las Supremas de Móstoles. Y otro más empezó a contonearse siguiéndole el ritmo.

Rápidamente hice la asociación de ideas que ellos pretendían, al "pringao" de Dory le ponen los cuernos, y entonces salté como un resorte. Me sentía transformado, como si no fuera yo, como movido por otro. Sólo recuerdo que al rato, el que dijo lo de los cuernos se había llevado un buen directo y ahora estaba en el suelo. También recuerdo el escozor de los golpes que recibí a continuación y mal parado habría quedado si no fuera porque el propio Ernesto intervino:

—¡Basta ya, dejadlo de una vez!

De todas formas todo tenía que parar, porque vinieron a cortar la cosa dos señores que pasaban por allí y lo vieron todo. Pero estaban los ánimos muy calentitos y uno casi se lleva una torta al intentar separarnos.

—No me agarréis, ése de ahí me ha dado un puñetazo y él no se ha llevado nada –decía yo, aún ciego por la rabia.

—Venga, esto ya tiene que acabar. ¿Qué vas a arreglar devolviéndoselo? –dijo uno de los señores, el que era mayor.

—Que nos quedemos los dos igual. Es lo que me dice el instinto –contesté casi sin pensar.

—Ya, como un animal. Pero nosotros no somos animales –me dijo el otro–. Eso nos devolvería al estado salvaje, de la lucha de todos contra todos.

—Lo razonable –le siguió el primero– es hablar. Que las personas tenemos lengua y cabeza para algo. ¡Seguro que era una tontería! Y si no, para eso existen otras vías más civilizadas.

—Ya, chivarse, ¿no? –intervino por fin Ernesto, el muy caradura.

—Lo primero es preguntarse por el inicio del conflicto. ¿Cómo se originó todo? –quiso saber el señor mayor.

—Porque él me pegó una buena torta sin hacerle yo nada –contestó mi primera víctima.

—No, antes me faltasteis groseramente al respeto. Y perdí el control. Yo me conozco bien y soy así, cuando alguien me falta, no respondo de mis actos –contesté airadamente.

—No perdiste el control, chaval. Te dejaste llevar, que es distinto. Y sí que respondes de tus actos, porque no vivimos solos. Veo que aquí ninguno ha actuado bien y todos deberíais reflexionar sobre ello. Pensad, por ejemplo, en esto: una vez que pasáis a las manos, ¿quién se acuerda del motivo inicial? Nadie. Entonces no merece la pena pegarse por ello. Y en cuanto a ti, muchacho, aprende a actuar con inteligencia: la indiferencia se ríe de las burlas, la ironía es la respuesta de los listos que no se dejan provocar a un ataque, las palabras responden bien a las palabras, y así la ofensa no la hace quien quiere, sino quien puede.

Aquí hubiera quedado todo si no hubiera sido porque Ernesto remató al final cuando nos separábamos en voz alta: "y sobre las burlas, ¡pregúntale a Dory!" La verdad es que esto me dolió más que todos los golpes y bromitas de que había sido objeto. Y me dolía especialmente porque allí tenía yo mis temores más profundos: "Dios mío, ¿es posible que el ciego haya sido yo todo el tiempo?", pensé.

Después de todo eso, ni tareas, ni ensayo. No tenía la cabeza más que para reproches, hacia Dory y hacia mí mismo. Pero debía ir por la tarde al ensayo para verla y aclararlo todo. En el trayecto, me encontré con Norberto y Raúl. Me parecía muy

raro que no supieran ya lo mío, pero no iba a ser yo quien se pusiera en evidencia, así que callé.

—Vas muy callado, Felipe –me dijo Raúl–, no pareces tú, siempre tan emocionado con los ensayos.

—¡Tú qué sabrás lo que me emociona a mí! –contesté, arisco.

—¡Uy, uy, uy! Yo sí sé una cosa y es que estamos de malas pulgas hoy, ¿eh? –contestó Norberto queriendo hacerse el gracioso; pero maldita la gracia que me hizo a mí.

—Dime, graciosillo: cuando todo lo que es más cierto para ti se convierte de repente en algo más falso que unos deportivos de marca con cámara de aire por 10 euros, ¿en qué vas a confiar a partir de ahí? –dije algo enigmáticamente para el que quisiera escuchar, por si estaban al tanto de la pelea de la mañana y disimulaban.

—No sé lo que quieres decir, pero es cierto, a veces lo que nos parece más claro es lo más engañoso –dijo Norberto.

—Estoy contigo, no te puedes fiar de lo que te dicen. Sólo debes fiarte de lo que tú mismo veas. Mira, de todo el rollo que se marcó ayer Venancio con el Santo Tomás ese, es lo único que saqué en claro y tiene razón, joder; digo yo lo que Santo Tomás: si no lo veo, no lo creo –le siguió Raúl.

—No, si a eso iba yo. Lo que más te engaña son los ojos, los sentidos en general. A nada das tanto valor, de nada te fías más, y sin embargo qué pocas cosas son como las vemos –le contestó el otro, mientras yo escuchaba como si no fuera conmigo el tema.

—Venga, lo que ves, ves –insistía Raúl.

—¿Es que no te ha engañado la vista nunca? ¿No has tenido nunca la sensación en el tren de que empezaban a moverse las casas en lugar de ser tú el que te movías con el tren?, ¿no has confundido una sombra en la noche con la figura de algo

real que te amenazaba?, ¿y qué me dices de las alucinaciones? –preguntó Norberto con mucho convencimiento.

—¡Vale, vale! Pero siempre nos quedará lo evidente. Que dos y dos son cuatro –dijo Raúl después de esperar un rato callado; yo creo que fue la única salida que le quedó.

—Ni eso. ¿No fallamos también al hacer las cuentas muchas veces?, ¿es que los matemáticos no se equivocan nunca? –siguió Norberto. Aunque no me apeteció contestarle, creo que en esto no tenía razón del todo.

—Puede que los matemáticos fallen, pero no fallan las matemáticas. Por ejemplo, si los números cuadran, pero fallas tú en las cuentas, el fallo está en ti, y no en las matemáticas –le respondió Raúl.

—Las "mates" es lo que hacen los matemáticos, y éstos son personas, por tanto, fallan, así que no te puedes fiar –insistía Norberto–, por eso no te puedes fiar de nada, no podemos estar seguros de nada.

—Bueno, al menos de eso sí podemos estar seguros, ¿no? –concluyó Raúl.

—Sí, estamos solos con nuestros pensamientos –dije, por fin, entonces.

—¿Qué quieres decir? –dijo Norberto.

—Que sólo el amor, el verdadero amor, puede hacer que algo valga la pena de verdad en este mundo; sólo el amor puede darnos seguridades y certezas. Pero chicos, esto es lo que me amarga, ¿existe el verdadero amor? No lo creo. No lo creo. Estamos solos.

—Solos nosotros tres –dijo Raúl con sorna.

—¡No! ¡Solos! ¡Cada uno! –concluí, lleno de amargura.

Cuando llegamos, algo retrasados, ya estaban ensayando una escena sin nosotros. Ahí estaba Dory interpretando a

Juana, y Ernesto con ella, en el escenario, sustituyéndome en el papel de Ignacio. Estaban con la escena en la que Juana se ha dejado seducir por el encanto rebelde de Ignacio y llegan a besarse en la propia presencia, ciega, de Carlos. El destino había trocado los papeles y, sin embargo, parecía haber puesto todo en su sitio. Yo, el conquistador, había pasado a ser el engañado, el "cornudo". Helena, ante nuestra llegada, propuso que cada uno volviese a sus papeles, pero entonces yo sugerí que no había que cambiar nada, que yo haría de Carlos hasta el final de escena. Subí al escenario. Repasé mi papel, mientras esperaba entre bastidores mi turno.

Juana (Dory).—¡Calla!

Ignacio (Ernesto).—Te quiero a ti, y no a ninguna de esas otras. ¡A ti y desde el primer día. (…) Te quiero y te necesito. Tú lo sabes.

Juana (Dory).—¡Por favor! ¡No debes hablar así! Olvidas que Carlos…

Ignacio (Ernesto).—(Irónico.) ¿Carlos? Carlos es un tonto que te dejaría por una vidente. (…) Desearía una mujer completa, y a ti te tiene como un mal menor. (Transición.) (…) ¡Es a mí a quien amas! No te atreves a decírmelo. (…) Pero yo lo diré por ti. Sí, me quieres…

(La abraza apasionadamente.) (Ignacio le sella la boca con un beso prolongado. Juana (Dory) apenas resiste. Por la derecha han entrado Don Pablo y Carlos (Felipe). Se detienen, sorprendidos.)

Don Pablo.—¿Eh?

Carlos (Felipe).—Ha sonado un beso…

Don Pablo.—(Jovial.) ¡Qué falta de formalidad!...

Fue entonces cuando me aparté del guión cortando a Julio, que hacía de Don Pablo, en lo que tenía que decir:

—Yo sí sé quién ha sido, Don Pablo –sorprendida, Helena intentó reconducir el diálogo, pero proseguí sin hacerle caso, elevando el tono aún más–. ¡Han sido Juana e Ignacio! Y no tengo que reprochar nada a Ignacio, está en su papel, aunque por hoy ya se ha pasado bastante conmigo. Pero tú, Dory, digo Juana, ¿qué engañado me has tenido? Me has utilizado como a un títere. Primero te me insinúas, luego me camelas y ahora me conviertes en el hazmerreír de todo el mundo. Yo que creía que habías traído la luz a mi vida, mi esperanza, el verdadero sentido de esta cárcel en que vivimos…, resulta que era el más ciego de todos. Pero ahora sí veo. Veo lo engañado que estaba. Al menos he aprendido una cosa, Dory, y es hasta qué punto uno no se puede fiar de nada, hasta qué punto uno está solo. Así que, Ignacio, ya no es necesario que seas tú quien se vaya del Centro, el que se va soy yo.

Y tirando el papel sobre el escenario salí escopeteado del salón de actos. Hubo un primer silencio tenso, después Helena me estuvo llamando, pero sin hacer caso de nada ni de nadie me fui como me quedé: solo, con mis pensamientos.

EPISODIO 9
Preparando decorados

La escenita que monté me dio al principio una sensación de desahogo. Según me iba, oí cómo Helena intentaba poner calma y decía a todos que siguieran con los ensayos, que en otro momento hablaría ella conmigo... "Lo llevan claro, si piensan que van a convencerme", pensé, "ahí se van a quedar todos con su obrita de mierda". Cuando me fui de allí estuve dando vueltas como un tonto alrededor del instituto. No quería ver a nadie, así que me senté en el otro ala del edificio, justo en el extremo de donde se ensayaba, no fuera a llegar alguien más tarde. Y mira por donde, según me dejé caer en el suelo y me recosté en la pared, empecé a oír una conversación... claro, estaba justo bajo la ventana de la sala donde reciben a los padres y allí se encontraban Alicia y Clara; pude distinguir muy bien sus voces. También la de Irene. "Claro, como en las escenas que hay para hoy no interviene ella, seguro que se ha venido con éstas para ayudarlas", pensé.

—No, si al final me parece que es más cómodo hacer un papel, aunque tenga que aprendérmelo, que hacer los decorados; además, como yo no soy ciega puedo moverme normalmente –decía Irene a Alicia y a Clara–. Los decorados son, al final, "el papelón".

—Yo paso ahora de decorados, que no paro de darle vueltas a una cosa en la cabeza, pero no acabo de aclararme. Cuando llegue Diego, que dijo Helena que va a venir más tarde a echarnos una mano, empezamos. Vamos a ver; resulta que el mundo en el que vivimos vosotras y yo es más o menos parecido, ¿no? Pero no podemos estar seguras de que las dos estemos percibiendo lo mismo cuando vemos el color azul. Sólo sabemos que, ante determinadas cosas, las dos decimos que son azules, o sea, que vosotras y yo les damos esa palabra a las mismas cosas; vaya usted a saber lo que nuestra melondra está produciendo y si vuestra cabeza y la mía funcionan igual y producen lo mismo –iba diciendo Clara a Alicia y a Irene después de dejar a un lado los "sencillos decorados" que les había tocado realizar.

—¿Cómo vosotras aquí, en el instituto, por la tarde? –preguntó Venancio; reconocí en seguida su voz, aunque no le veía.

—Hemos quedado con Diego para preparar los decorados de la obra de teatro, y Raquel nos dio permiso para estar en esta sala. Helena está con los demás, ensayando, en la sala de usos múltiples –respondió Clara–. ¿Y usted?

—Había venido a una reunión del Consejo Escolar que acabamos de tener en la biblioteca –contestó Venancio.

—Tú siempre haciendo horas extras –dijo una voz que al principio no reconocí, pero que luego caí en que era Diego, que debía llegar en ese momento.

—¿Y tú, qué? Además tú tienes más mérito, que ni siquiera te ganas la vida aquí. Por cierto, no sabes el partido que estamos sacando a tu conferencia sobre la revolución científica en las clases de Filosofía –respondió Venancio.

—Sí, Venancio, pero ya que está usted aquí, podía quedarse un rato más, que a mí me gustaría hablar con usted y si está

también Diego, pues mejor, pero es que en clase algunos imbéciles no hacen más que decirnos a Santi y a mí que alucinamos o que vayamos al loquero. Verá, es que yo no hago más que dar vueltas a todo lo que hemos estado hablando, pero no me aclaro –dijo Clara.

—Bueno, yo encantado de hablar con vosotras... y con Diego... pero no estoy nada seguro de poder aclararte –respondió Venancio.

—¡Filósofo tenías que ser! –dijo Diego riendo.

—Bueno, voy a intentar decir lo que se me ha ocurrido, aunque la verdad es que me cuesta expresarlo con palabras. Vamos a ver. Si estamos "fabricando" colores, sabores, que no existen fuera de nosotros; si resulta que estamos empaquetando las cosas que sí existen con palabras como "movimiento", pero resulta que lo que entra o no entra en el paquete depende de la época de la historia... o sea, que Galileo empaquetaba el trozo de realidad que percibimos la mayoría de los seres humanos de una manera, pero Aristóteles lo hacía de otra. Por ejemplo, mientras Aristóteles metía en el mismo saco la transformación de una semilla en pino, la congelación del agua hasta convertirse en hielo, la caída de una piedra... resulta que para Galileo movimiento es otra cosa y que la transformación de la semilla en pino ya no vale...

—Bueno, bueno, pero algunas cosas serán de verdad movimiento y otras no –dijo Irene.

—¿Y cómo podemos decidir lo que es movimiento y lo que no lo es? ¿Cómo podemos saber si era Aristóteles o Galileo el que tenía el concepto y los ejemplos de movimiento "correctos"? ¿Es que hay algún concepto y algunos ejemplos de verdad correctos y otros incorrectos? Vamos a ver, en inglés no se distingue entre ser y estar. Y éste sólo es un ejemplo, pero

habría miles si comparamos las distintas lenguas. Los significados no se distribuyen igual. ¿Existe esa distinción en la realidad o es sólo una cuestión de palabras? –intervino Alicia.

—Además, en la época de Aristóteles movimiento era lo que era no porque algunos ejemplos de movimiento le parecieran bien a Aristóteles, sino porque les parecían bien a todos los científicos de la época. Y si en la Modernidad hay otro concepto de movimiento no es porque se pongan a pensar cuáles son las características específicas del movimiento sino porque, al final, todos los científicos de la época de Galileo tienen en mente un conjunto de ejemplos distinto al de los aristotélicos. Por eso los aristotélicos y los galileanos no se entendían. Se referían a cosas distintas cuando hablaban de movimiento. Es como si tuvieran alucinaciones distintas, o sea, realidades distintas delante de sus ojos... o de sus entendederas, cuando miraban el mundo; pero la diferencia estaba en las palabras que utilizaban y en cómo enganchaban esas palabras con la realidad –continuó Venancio.

—¿Podríamos pensar sin palabras? –preguntó Irene

—No; sin palabras no podemos pensar, pero los acontecimientos del mundo que valen para cada palabra son los que nos permiten pensar el mundo; eso sí tenemos que tenerlo claro nosotros cinco ahora mismo para poder hablar; o sea, que a lo mejor nunca podremos saber si lo que llamamos azul es lo mismo en la cabeza de nosotros cinco, como decías el otro día en clase, Clara, pero sí tenemos que estar seguros de que si elegimos entre todo lo que hay en esta habitación lo que sea azul, vamos a elegir los mismos objetos; y si elegimos los ejemplos que aquí se están produciendo de movimiento vamos a elegir los mismos ejemplos. Por eso nos entendemos. Y por eso se entendían los aristotélicos entre sí. Y los modernos entre sí.

Thomas Kuhn escribió que a él Aristóteles le parecía un tonto y que le parecía imposible que el "padre de la lógica" hubiera sido un físico tan estúpido. Hasta que, después de dar mil vueltas a los escritos de Aristóteles, aprendió a ver a través de los ojos de un aristotélico; de repente descubrió que a pesar de utilizar las mismas palabras, estaban hablando de otra cosa. Es como si de repente aprendiera su idioma y a partir de entonces el discurso de Aristóteles adquiría sentido y dejaba de ser una estupidez –dijo Venancio.

—Pero, entonces, las palabras y el mundo no son cosas distintas; quiero decir, que no es que primero exista el mundo y luego lo nombremos con palabras; es que las palabras son una especie de clasificadoras de la realidad, ¿no?– preguntó Alicia.

—Claro, es lo que nos decía Diego de la palabra "planeta". En griego es "estrella errante" pero su significado guarda relación con todos los demás términos de la cosmología aristotélica... Planeta para Galileo es otra cosa, totalmente distinta, aunque usen la misma palabra. La palabra es la misma pero el significado es distinto, incluso aunque se refieran a los mismos objetos; es que esos objetos ya se conciben como otra cosa. Pues eso. El significado de planeta para Galileo sería el mismo que para Kepler o para Descartes... pero muy distinto del significado que le daba Aristóteles –dijo Irene como si estuviera hablando consigo misma.

—Claro. En el mundo de los modernos existe la palabra planeta pero no existe lo que esa palabra significaba para los griegos, simplemente porque una estrella errante es un despropósito. Eso no existe; Marte o Júpiter siguen llamándose planetas pero ya no son estrellas errantes –continuó Alicia.

—Oye, que esto tiene más miga de la que parece. O sea, que ya no se trata de que tengamos ojos, orejas, lenguas... que funcionen más o menos igual que los de la mayoría de los seres humanos. Se trata sobre todo de que usemos las mismas palabras del mismo modo, ¿no es eso? –preguntó Clara.

—Estaba pensando en el experimento de Torricelli, el que demostraba la existencia del vacío... Sin ese experimento no se hubiera podido plantear la ley de la caída de los graves –dijo Irene.

—No, Irene. Torricelli fue discípulo de Galileo, y fue el primero que consiguió hacer el vacío, pero eso fue bastantes años después de que Galileo publicara los Discursos en los que ya está la ley de la caída de los graves que estudiáis en Física: $s = {}^{1}/_{2} \cdot a \cdot t^2$; los graves caen de ese modo, según esa fórmula matemática, en el vacío; pero nadie había podido hacer el vacío todavía, ni demostrar su existencia. Galileo simplemente defendía que era posible el vacío –dijo Diego.

—Y los aristotélicos decían que no era posible, porque en el cosmos todo está "lleno" de los cuatro elementos o de éter y fuera del cosmos no hay nada, ni lugar ni vacío. Pero si Galileo no hubiera defendido la posibilidad de la existencia del vacío, antes de que eso se pudiera demostrar, y si muchos científicos no hubieran confiado en esa posibilidad y hubieran actuado, experimentado, investigado... como si de verdad existiese ese vacío... seguramente nunca hubiera sido posible que luego, bastantes años después, al fin Torricelli lo demostrara –añadió Venancio.

—Esto tiene narices –gritó Clara–. O sea, que los graves caen como dice Galileo en el vacío. Y todavía dicen que la ciencia progresa mediante la observación y los experimentos. Vamos a ver: si Galileo no pudo hacer el vacío, y los graves

caen como él decía en el vacío, entonces ¿qué experimento demostró su teoría?

—Galileo no siempre hacía experimentos. Además, en ciencia no sólo se hacen experimentos reales. También se hacen experimentos "mentales" –dijo Diego.

—¡Justo! ¡Eso es lo que yo estaba barruntando, pero que no acababa de ver claro! Si es lo que decía Venancio, pero que yo no lo acababa de ver. ¡Si está muy claro! –gritaba Clara con entusiasmo.

—¿Puede saberse qué es lo que está tan claro? –preguntó Alicia con calma.

—Mira, eso de observación, hipótesis, experimentación, comprobación… que nos dicen siempre, es un cuento chino. Veamos, Galileo no podía demostrar que los graves caían como él decía, puesto que eso pasa en el vacío, y no se había hecho el vacío todavía. Lo que sí hizo Galileo fue inventar otras palabras con otras relaciones entre ellas para hablar del movimiento, que antes no estaban. O sea, que los científicos de la época de Galileo, todos, usaban las mismas palabras: aceleración, trayectoria, velocidad... y con ellas vivían como en su mundo, mientras que Aristóteles y los de su época vivían en otro mundo que estaba organizado con otras palabras: acto, potencia, movimientos violentos, movimientos naturales, finalidad... –iba diciendo Clara atropelladamente.

—Efectivamente, eso es lo que estuvimos viendo en clase sobre los paradigmas de Thomas Kuhn. Para los que usan las mismas palabras, los que están en un mismo paradigma, sí tiene sentido la secuencia hipótesis-experimentación-comprobación. Pero cuando se trata de elaborar un marco teórico alternativo ya no tiene sentido, porque es necesario cambiar de paradigma, es decir, de marco conceptual –explicó Venancio.

—Pues claro. Oye, que esto es más complicado de lo que parece, que el mundo no está ahí esperando que lo conozcamos como si le hiciéramos una foto. Que al conocer el mundo lo hacemos un poco y, para poder entendernos, todos tenemos que hacerlo del mismo modo –dijo Clara–. Vamos que, según Santi, tenemos que tener la misma alucinación para vivir en el mismo mundo. Y si tenemos alucinaciones distintas, pues no nos entendemos, y el que vive en un mundo distinto del nuestro nos parece un imbécil, porque interpretamos sus palabras según lo que significan en nuestro mundo, no en el suyo... Para poder entenderle tendríamos que ver cómo funcionan esas palabras en su mundo, no en el nuestro –Clara parecía cada vez más satisfecha; por fin expresaba algo que llevaba tiempo madurando en su cabeza.

—No había pensado nunca que las palabras fueran tan importantes –dijo Irene.

—Yo no había pensado nunca que las palabras y la naturaleza, el mundo, estuviesen ensambladas, vamos, que no fuesen cosas totalmente distintas. Pero esto hay que contárselo a los de la clase, ¿no? –dijo Alicia.

—Por supuesto –contestó Venancio–. Podemos preparar algo para que la explicación sea más accesible... Tendremos que "hacérselo ver" como lo vemos nosotros.

Creo que fue una conversación interesante, al principio la seguí atentamente, fue una distracción que por un momento me apartó del agobio de mis propias emociones, pero poco a poco éstas fueron saliendo como lo haría la voz tapada de un amordazado que se va liberando de las ligaduras y su sonido fue apagando las voces reales de mis compañeros. Otra vez me venían las imágenes y palabras de Dory, de los que se rieron de mí, de mi reacción en el ensayo… El desahogo que me produ-

jo decir a todos lo que sentía en el escenario había ido desapareciendo. Antes quería estar solo; ahora me hubiera gustado estar con alguien..., quizá con Irene..., poder contarle todo..., poder llorar sin que me diera vergüenza... No pensaba volver a la obra, desde luego, pero ahora no me sentía bien. Tenía la misma sensación que se tiene en una resaca, parecía que la pelea, el numerito en el escenario, la conversación que acababa de oír entre todos éstos que no sabían que ya no iba a haber obra... hubieran hecho el mismo efecto que un botellón con un pedo de los que acaba en mal rollo.

EPISODIO 10
Felipe el testarudo

Aquel día, sentado en un banco del parque, no podía dejar de dar vueltas y más vueltas a lo mismo. ¡Cómo pude ser tan ingenuo!,… llegar a creer que ella y yo… ¡Y muchos lo sabían! Ahora todos se reirán de mí, cuando la tramposa fue ella; es ella la que debería sentirse mal y no yo. Entonces, vi a Dory que cruzaba con su madre y me di perfecta cuenta de que procuraba no dirigir la mirada hacia el lugar donde yo estaba. Cambié de banco para situarme de espaldas.

—Eh, Felipe, ¡Felipín! –dijo Sonia despertándome de mi ensimismamiento–. ¿Qué te pasa? Estás más ciego que tu Ignacio; dices que lo quieres dejar y mírate ahí, ¡más metido que nunca en tu papel!

—Olvídate de mí, Sonia, y olvídate de Ignacio. Todo eso se acabó. No haré la obra –contesté.

Sonia no dijo nada, pero se la veía preocupada; y a Julio, Irene y Santi, que la acompañaban, también. Todos se sentaron junto a mí, unos en el banco y otros en el suelo.

—No tienes motivo para estar enfadado con nosotros –acabó por decir Sonia.

—Estoy enfadado con todo el mundo –dije entonces en un tono muy seco.

—No todos sabíamos lo mismo, ni todos hicimos lo mismo –dijo Irene.

—Déjame en paz, Irene. En cuestión de chicos, sois todas iguales: a todas os gusta jugar con los sentimientos de los demás –contesté yo, mientras pensaba que la única chica a la que sería capaz de contar de verdad lo que sentía era precisamente a Irene; ahora me doy cuenta de que incluso quiso prevenirme cuando la enseñé el poema.

—No es justo que nos valores así –se quejó Sonia.

—¿Ya no te acuerdas de lo que hablamos el curso pasado sobre las generalizaciones precipitadas: todos los que viven en los pisos de realojo dan problemas, todas las maderas flotan...? –añadió Irene. Ella sí tuvo entonces agallas para hacer frente a Ernesto. Si es que es una tía cojonuda.

—Bueno, puede que vosotras dos seáis distintas, pero sois la excepción, y eso no cambia la cuestión –contesté, sin querer bajarme del burro.

—Ya. Y la excepción confirma la regla, ¿no? Y al que viva en los pisos de realojo y le acusen de todo, que se aguante –intervino Santi. No sé por qué, si hablaba Irene me llegaba más, pero lo que dijera Santi me resbalaba.

—Me importa tres pitos en este momento –contesté sin mirar a ninguno y deseando que nadie me mirara a mí.

—A mí me parece que si tienes la excepción, la regla no vale. Precisamente así se echan abajo las creencias falsas que no funcionan. Así corregimos los engaños o las cosas que creíamos de pequeños; también deberían hacerlo los científicos, pero yo no tengo tan claro si lo hacen –dijo Santi.

—Bueno, no sigáis por ahí. No voy a hacer el papel y ya está –insistí yo con seguridad.

—¿Por qué? –dijo Sonia, que parecía no conformarse con la respuesta.

—Porque no –contesté yo.

—Eso no es una razón –dijo Julio.

—Pues porque Dory no actuó correctamente conmigo –dije yo.

—¿Es ésa una buena razón? –preguntó Santi.

—Por supuesto. No fue honesta; me hizo creer que sentía algo por mí –contesté yo.

—Que ella interpretase a Juana, y que Juana sintiese algo por Ignacio, no significa que ella tenga que sentir algo por ti –repuso Sonia.

—¡Anda ya! Bien que insistió ella en que Ignacio fuera yo, y no Norberto, que también hizo pruebas del papel. Además, nadie es capaz de decir lo que ella decía si no lo siente de verdad –dije yo entonces.

—¡Eh!, ¡eh! ¡No vayas tan rápido, majo! Estás yendo demasiado lejos. En primer lugar, Helena también me propuso como Miguelín y no creo que sintiera nada por mí; además, parece que dudas de la capacidad de Dory como actriz, o de la de cualquiera de nosotros. Más de uno podría demostrarte que es capaz de llorar ahora mismo y acto seguido soltarte una "sincera" carcajada. Además, ella podría sentir algo y ayudarse de ese sentimiento para interpretar su papel, ¿pero quién te dice que lo siente por ti? Podría ser por cualquier otro; y tratándose de Dory, sería lo más normal –dijo Santi.

—Además –intervino Sonia, intuitiva–, ¿podría ser que fueras tú quien quisiera que ella sintiera algo por ti y vieras indicios donde no los había?

—Ya. Pero llegó a decirme que yo le gustaba y me pidió que le escribiera un poema de amor… ¿Tenía que haberme imaginado

que estaba fingiendo? ¿Por qué me siguió la corriente hasta que me puse en evidencia, y no sólo ante ella, sino ante todos? –dije, no sin algo de rabia contenida.

—Bueno, pero aunque fuera así, esto no quiere decir que no tengas que hacer la obra. Una cosa es tu relación con Dory, e incluso con todos los demás y otra es hacer, como si fueras un profesional, una tarea de la que depende todo un equipo –dijo Sonia.

—Claro. Es como en un equipo de fútbol. Uno puede no llevarse bien con un compañero, pero por ello no va a dejar de pasarle el balón cuando estén jugando un partido. Sería ridículo. E injusto. El equipo saldría perjudicado por ese tema particular suyo. ¿Verdad que deberían saber aparcar sus diferencias? Pues aquí pasa igual –añadió Julio.

—Sí, pero no es lo mismo. Esta es una obra de teatro que hacemos en la escuela. Somos aficionados, no profesionales. Y se supone que estas cosas se hacen también para mejorar las relaciones entre todos nosotros. Así que no creo que deba continuar si falla algo tan importante –objeté yo.

—No conviene confundir una parte con el todo. Tú y Dory tenéis una relación, y puede haber cambiado. Pero hay otras muchas. ¿Y la relación que tienes con los demás? ¿Y la relación con los profesores? ¿Y con los compañeros y el Centro a quienes prometimos la representación? –añadió Sonia.

Aquí, Santi, por un momento, se puso de mi parte. Él mismo estaba hecho un lío, y la verdad es que a veces se inclinaba a un lado y a veces a otro según los puntos de vista. Pero, aunque no supiera articularlo bien, para él los principios son algo importante; por eso lo que dijo entonces me dio de lleno:

—Bueno, pues no sé si Felipe no tiene su parte de razón. No se trata sólo de las consecuencias. También es una cuestión de

principios. La honradez y la sinceridad están por encima de todo lo demás. En eso estoy con Felipe. Si eso falla, lo demás no importa.

—Uno puede ser honrado y no ser sincero –dijo Julio, echando una mirada de reproche a Santi, que yo vi perfectamente–. Decir la verdad parece lo correcto. Pero cuando la verdad puede hacer daño innecesariamente a alguien, lo honrado es no decirla. Para saber si hacemos lo correcto debemos tener muy en cuenta las consecuencias. A veces podemos mentir con buena intención, porque las consecuencias de decir la verdad serían peores que las de mentir. Y en el caso de la obra, las consecuencias de la actitud de Felipe serían desastrosas. Tanto esfuerzo de tanta gente, no sólo de Felipe y de Dory, para nada.

—La representación no es la única finalidad de un grupo de teatro. Reunirse por reunirse está bien, ¿no? ¿No favorece eso las relaciones del grupo como tú dices, aunque fueran una mentira en lo de Dory conmigo? Los profes no pueden quejarse porque el ensayo cumple su función "educativa". Los demás tampoco, porque lo hemos pasado bien, incluso yo, en mi engaño. En segundo lugar… –contesté yo, pero no pude acabar porque me interrumpió Irene.

—Claro que los ensayos estaban bien. No sólo lo hemos pasado "guay", han sido interesantes, hemos aprendido cosas y nos hemos sentido a gusto entre nosotros, nuestra relación como grupo no es la misma que antes, eso lo sabes y no lo cambiará lo de Dory. Pero un ensayo, como dice la misma palabra, es algo que se hace por otra cosa, eso para lo que se ensaya: la representación. Sin la representación todo lo demás se va a la mierda –dijo Julio.

—Y el que ensaya es porque piensa interpretar. Y es que en realidad no hay ni que decirlo, es lógico. Tú has ensayado. Luego todos tenemos derecho a pensar en la representación –añadió Sonia.

—…En segundo lugar –continué yo, como si no hubiera oído las intervenciones anteriores por haberme interrumpido– hay otras posibilidades. Otro puede sustituirme en mi papel…

—Descartada, no hay tiempo y lo sabes –contestó rápidamente Irene.

—Además nadie lo haría tan bien como tú, Felipe –dijo Sonia con una sonrisa algo forzada.

—… Y muchas más –esta vez el tono de mi voz denotaba menos convicción. La verdad es que me agradaba lo que me decía Sonia, aunque me daba perfecta cuenta de que intentaba camelarme.

Cuando alguien soltó el inevitable "¿Cómo cuáles?", siguió una pausa silenciosa algo tensa. Todos sabían, incluido yo mismo, que la solución no era fácil.

—La verdad es que entiendo vuestra postura y comprendo vuestras razones, pero no puedo hacerlo, ¿es que no os dais cuenta? –dije en un tono menos inflexible que al principio.

—Hay algo que está por encima de lo demás y que deberías tener en cuenta –dijo Julio–. Antes dijo Sonia que si ensayas es para representar. Eso no sólo es así por coherencia contigo mismo, sino una obligación hacia el grupo. No ensayas solo, como hace por ejemplo un humorista. Así que los ensayos en grupo implican mucho más, obligan al grupo a actuar puesto que por eso se hacen. Tú tendrías derecho a exigirnos la representación igual que todos los demás tenemos el derecho a exigírtelo a ti. Todos, por pertenecer al grupo, hemos contraído ese compromiso.

—Yo puedo hacer lo que quiera, ¿no?, ¿no somos libres? Pues quiero romper mi "compromiso", como tú dices –dije entonces.

—Bien. Hazlo. Pero entonces, no digas que haces lo que consideras más justo. Sólo lo haces movido por tus sentimientos, o puede que por tu resentimiento –dijo Sonia.

—Yo elegí apuntarme al grupo de teatro. No veo por qué no puedo desapuntarme cuando quiera –insistí yo.

—Tú elegiste pertenecer al grupo de teatro sabiendo que su finalidad era llevar a cabo una representación. No digas que nadie te engañó en esto –objetó Julio.

—No, claro que no –concedí yo.

—Ni tampoco se te puso la condición de salir o dejar de salir con nadie. Por tanto es muy simple: si perteneces a un grupo de teatro, es que hay que esforzarse por representar la obra, eliges pertenecer a ese grupo, luego tienes que hacer, porque lo has elegido, la obra que se está ensayando. Tu libertad es eso: cumplir tus propios compromisos –dijo Sonia.

Julio empezaba a estar bastante irritado. Quizás no podía comprender que yo no supiera dejar mis asuntos personales a un lado cuando estaba en juego algo que él creía que había que poner muy por encima. Así que cuando Santi dijo que se iba, él se fue también, con una despedida seca, que sonaba casi a advertencia: "Felipe, no mezcles en esto tus problemas personales, los demás no tenemos la culpa de que estés cabreado y no tienes derecho a dejarnos colgados".

—Bueno, nosotras también nos vamos, Felipe –dijo después Sonia–. No le tengas en cuenta a Julio su reacción. Todos estamos nerviosos. Es mucho lo que hemos puesto en juego. No es sólo el trabajo de los ensayos, o los decorados, el vestuario y todo lo demás. Es toda la gente que está pendiente de nosotros.

Los carteles están ya distribuidos, hasta en el insti se había hablado con Jefatura de Estudios para que fueran a verla los del segundo ciclo. Sólo te pedimos que lo pienses.

—Adiós, Felipe. Todo esto no ha estado bien. No me refiero sólo a la obra. Debes reflexionar y cambiar de actitud. No, no lo hagas por los demás, hazlo por ti mismo. Debes asumir lo que te pasó e intentar aprender de ello. No vale de nada lamentarse y convertir un grano de arena en un desierto. Tienes que demostrarte a ti mismo que lo has superado y no avergonzarte ante nada ni nadie –dijo Irene.

Entonces me quedé solo en el parque. Si antes estaba absorto en mi indignación, ahora era un torbellino de dudas lo que giraba en mi cabeza. Y la noche fue peor. Sentía más mareo que sueño. ¿Realmente dejar la obra era lo que quería? ¿Era un muñeco en una noria, movido por algo externo a mí mismo? Si ella me quiere, estoy en una nube. Si no, en un infierno. Primero, por amor, o deseo, o lo que fuera, podía hacer incluso lo que no quería; interpretar a un ciego o escribir poemas... Luego, por despecho, igual; dejar colgados a todos los demás... Pero, ¿cómo saber lo que realmente quería yo? A veces me gustaría ser como Ignacio. El sí lo tenía todo claro. Daba igual que lo suyo acabara bien o mal, era él, y fue capaz de llevar tras él a los demás. ¿Realmente era yo el malo por romper un compromiso? Que le echen la culpa a Dory, me decía una y otra vez, como queriendo acallar ciertos remordimientos. Pero es que yo también tenía a mucha gente detrás, esperando la actuación. Y yo no lo hacía nada mal. Y luego estaban los profes. No era lo que más me preocupaba, pero también contaban. Por supuesto no era lo que había dicho Ernesto: “ya verás, si no actúas te suspenderán, y si no lo hace Helena, lo hace Venancio”. Pero claro, ¿qué se podía esperar de Ernesto? Si no sabía

ni la mitad de todo lo que había pasado; si es que cada uno sabía una parte y muy pocos lo sabían todo; ¿cómo iban a comprender mis motivos? Poco a poco, en una mezcla de cansancio, sueño y desvanecimiento fui perdiendo la consciencia mientras me repetía, cada vez más bajo, "¡mucha mierda!, ¡mucha mierda!..."

EPISODIO 11
La representación

Finalmente, Felipe había decidido participar en la representación. Le gustaba pensar que lo había hecho por convencimiento racional, pero en el fondo no tenía muy claro cual había sido el principal motivo de su elección: a veces sentía que había dado muchas vueltas para volver a encontrarse en el punto de partida, que todas las razones no habían sido suficientes para inclinar la balanza. Por supuesto, no estaba seguro de haber tomado la mejor opción, y sólo cuando estuvo sobre el escenario y a medida que avanzaba la representación comprendió que había decidido correctamente. Con independencia de lo bien que salió la función, de los aplausos del público, experimentó un sentimiento de satisfacción similar al que se produce cuando uno dice lo que piensa o expresa lo que siente.

Había terminado el estreno de la obra y mientras los que habían participado en la representación se cambiaban, los demás compañeros les esperaban en el hall del instituto para dar luego una vuelta por el barrio.

—A mí lo que más me ha gustado ha sido el primer tiempo –comenzó diciendo Olga.

—Querrás decir el primer acto, no seas burra, que lo que hemos visto no es un partido de fútbol –puntualizó Herminia.

—Pues eso, el primer acto. No sé, la situación era divertida, ni siquiera te dabas cuenta de que los que estaban en el escenario eran ciegos.

—Hacían el papel de ciegos, querrás decir.

—Vale, representaban a unos estudiantes ciegos, pero deja de tocar las narices, que todos se han enterado perfectamente. Yo me he reído un montón con el Miguelín ese. Es que lo de Santi es para partirse de risa. A quién se le habrá ocurrido ponerle una corbata. Y encima el tío parecía estar tan a gusto, no me extrañaría verle como actor profesional un día de éstos.

—Yo no me di cuenta de que eran ciegos hasta que vi lo que ocurría cuando se hablaban, no se miraban a la cara –observó Juan.

—A partir del segundo acto a mí me ha gustado menos. Vale que ahorremos energía y todo eso, pero es que han empezado a apagar luces y los de detrás ya casi no veíamos lo que pasaba en el escenario, y eso agobiaba un montón –dijo Olga.

—Igual se han pasado un poco, pero creo que eso lo hacían para aumentar el dramatismo –aclaró Julio, que acababa de llegar y vestía ya la ropa de calle.

—A mí me ha impresionado cuando al comienzo del segundo acto han apagado las luces de la sala y del escenario durante unos segundos; a partir de ese momento, lo mismo que en aquella clase de Venancio, me han hecho sentir la angustia de la oscuridad, que para los ciegos es eterna –dijo Herminia.

—Sí y los burros estos de 4º gritando desde las últimas filas que había saltado el diferencial porque alguien habría echado agua en un enchufe –añadió Julio mirando a Juan.

—A mí me ha encantado la actuación de Felipe, parecía un ciego de verdad con la mirada perdida. Se le veía siempre tan

angustiado y con esa voz tan profunda y melancólica, como si de verdad estuviese pasándolo fatal –dijo Olga.

—Yo me he fijado más en Dory. Parecía que nunca hubiese roto un plato, tenía una expresión tan dulce y estaba tan linda que no me extraña que haya vuelto loco a Felipe, al fin y al cabo es a él a quien más se dirige durante la obra y durante los ensayos –dijo Herminia.

—Bueno, también han tenido sus fallos –dijo Juan.

—Lo de Gerardo fue una cagada mayúscula, se le caen las gafas y vuelve a cogerlas del suelo como si tal cosa –aclaró Olga.

—Pues yo creo que lo hizo bien, ¡qué podía hacer!, no creo que hubiese sido cuestión de ir palpando por el suelo hasta encontrarlas –le corrigió Herminia.

Con la llegada de todos los demás actores la conversación cedió paso a las felicitaciones y en unos pocos minutos habían abandonado el instituto camino de los lugares de diversión que solían frecuentar los fines de semana.

* * *

—Profe, el viernes, después de la representación, estuvimos comentando lo que nos había parecido y estábamos casi todos de acuerdo en que los compañeros lo habían hecho muy bien, pero a mí no me quedó claro lo que quiere el autor, el mensaje –dijo Clara.

—Pues mira por dónde te me has adelantado, éste es exactamente el tema que pensaba sugeriros para la clase de hoy. A ver, ¿quién puede ayudarnos con esta cuestión? –preguntó Venancio.

—A mí al principio me parecía la típica obra que se representa en el instituto que critica determinadas costumbres presentándolas de forma ridícula para provocar la risa, cosa

que pocas veces se consigue, pero enseguida vi que se trataba de otra cosa, aunque me sería difícil concretarlo –dijo Julio.

—Sí, a mí me ocurre algo parecido, no veo exactamente qué puede decirme una representación sobre ciegos hecha para personas que ven –añadió Juan.

—Está claro que sí, que tiene mucho que ver con todos nosotros, no sólo trata de retratar a los ciegos, es una alegoría. Que algunos padres quieran proteger excesivamente a sus hijos, que ciertas personas no quieran reconocer como son, o que se mate a alguien por pensar de forma diferente, son cosas que no pasan sólo entre personas ciegas –dijo Quique.

—Sí, pero eso no responde exactamente a mi cuestión. Yo creo que usted, profe, nos podría ayudar bastante si nos dijese al menos por qué ha puesto tanto empeño en que esta obra se represente y luego ha hecho que la viésemos todo el grupo –dijo Herminia.

—Habéis entendido perfectamente que el propósito del autor no es divertir sino interesar y, como mucho, distraer –aclaró Venancio.

—Sí, eso ya nos lo había dicho Helena. ¿Puedes decirnos algo que no sepamos? –pregunto Raúl.

—Lo intentaré; en alguna parte he leído que el propio autor consideraba que la obra no ofrecía una tesis terminante, que pretendía ofrecer más bien el problema mismo de la tesis expresado en seres de ficción –continuó Venancio.

—Si lo he entendido bien, eso significa que cualquier posición, por muy razonada que sea, puede cuestionarse –aclaró Dory.

—Y complementarse con otra que parece muy diferente –dijo Venancio.

—¿Y nada más? –preguntó Raúl de nuevo.

—Sí, bueno, hay mucho más. El mismo autor decía que el sentido general podía concentrarse en la diferencia que existe entre los motivos por los que creemos actuar y aquellos por los que actuamos, la diferencia entre razón y vida que buscan su unidad bajo los ojos del misterio que nos envuelve –contestó Venancio.

—¿Y tú has visto todo eso, profe? –preguntó Clara.

—Bueno, algo he visto, pero claro, además de ver la representación como vosotros, he leído la obra varias veces –dijo Venancio.

—A mí me gustaría volver a la pregunta de Herminia, no nos has dicho lo que te proponías –dijo Dory.

—Te vuelvo a responder con palabras del autor, que presenciásemos un par de horas de reflexión y de pasión. Bueno y también que viésemos algunas formas de pensar y de sentir sobre nosotros mismos, sobre los demás y sobre el mundo, eso que los entendidos llaman "posiciones existenciales", para poder valorarlas y luego, acaso, elegirlas. Pero cuáles son y qué características tienen es algo que os toca descubrirlo a vosotros –dijo Venancio.

—Uno de esos modelos puede ser el que se trata de imponer en el centro. Quieren que todos los alumnos acepten la forma de vida que les ha tocado, que piensen que todo es de color de rosa, que todo va bien. Sólo se ve el lado positivo de las cosas. Allí todos parecen optimistas, alegres, entusiasmados con lo que hacen –dijo Irene.

—¡Quién pudiera ver así las cosas! –dijo Santi.

—No te creas, vivir de espaldas a la realidad puede hacer que te lleves muchas tortas. Imagina que no das importancia a los síntomas de una enfermedad grave y piensas "no es nada, ya se me pasará" –dijo Julio.

—Otra puede ser la del personaje que yo he representado. Yo le conozco bastante bien y no sé si recomendarlo, ya veis como termina, bueno y como le va antes de eso –dijo Felipe.

—Sí, Ignacio es totalmente contrario al modelo anterior, tiende a ver sólo los aspectos negativos, no quiere aceptar la realidad y nada de lo que tiene merece la pena para él –insistió Julio.

—Bueno, no está mal ver las dificultades, eso te puede ayudar a no equivocarte, pero verlo todo negro te resta muchas posibilidades, no te permite disfrutar de las cosas. A mí me da pena Ignacio –dijo Clara.

—Sí, pero Ignacio no es el típico pesimista que se siente inferior y se pasa la vida lamentándose sin hacer nada. Él quiere superar su situación, y no le importa que a los demás les parezca imposible, quiere hacer realidad lo que desea e intentándolo es feliz a su modo –dijo Felipe mientras comprendía por primera vez la razón principal que le había llevado a continuar en la representación.

—Por otro lado tenemos a Carlos. A mí al principio me llegó a gustar, es una persona racional, práctica y le encanta que en el colegio haya orden; pero en cuanto se le conoce mejor se ve que en el fondo ésa es una máscara; en realidad, es arrogante, mira con desprecio a los que le siguen y no le importa utilizar cualquier medio para deshacerse de los que se interponen en su camino, confunde la razón con el poder o la fuerza –dijo Ernesto.

—Juana es la persona que entiende a todos, que ve en cada uno los aspectos positivos y los negativos. Se siente diferente a Ignacio, pero ni inferior ni superior. A mí me parece la más equilibrada, de hecho me gustaría ser igual que ella en muchos aspectos –dijo Dory.

—Estos modelos están muy bien, pero yo creo que nadie es una cosa u otra, somos más bien una mezcla de varias cosas –dijo Irene.

—¿Nacemos con nuestra forma de ser o cada uno termina siendo lo que quiere ser? –preguntó Clara.

—Algunos psicólogos dicen que estas formas de ser se construyen durante los primeros años, y que resulta difícil cambiarlas. Y esto nos lleva a otro problema importante, pero que ya trataremos en otra ocasión –dijo para cerrar la clase Venancio.

EPISODIO 12
Filosofando

Se respiraban ya las vacaciones navideñas. Atrás había quedado una semana intensa de exámenes y evaluaciones. Muchos alumnos acudían a clase ya sin libros y las pausas entre clases eran cada vez más largas. Venancio llegó como siempre a su hora, pero tampoco traía ningún papel.

—He estado pensando que ya llevamos unos meses de clase de filosofía y lo cierto es que todavía no nos hemos parado a pensar qué es eso de la filosofía y qué valor puede tener hoy día. Os aseguro que no es fácil responder a esa pregunta y alguno diría incluso que se trata de una de las preguntas filosóficas más difíciles de responder. Para empezar os propongo que intentemos reflexionar cómo se utiliza la palabra filosofía en el lenguaje corriente de la calle.

Clara levantó la mano y sin esperar a que le diesen la palabra dijo:

—Yo he oído muchas veces que "hay que tomarse las cosas con filosofía".

—Muy bien y eso, ¿qué significa?

—Creo que significa no renegar, ver las cosas en positivo.

—A mí me parece que no significa exactamente eso –intervino Alicia–. Yo diría que es ver las cosas con cierto distanciamiento, comprender por qué suceden, asumirlas.

Clara la miró con cierta irritación:

—Pues creo que es lo mismo que he dicho. Si las comprendes es que ya no las ves tan negativas.

—Dejemos eso por el momento –dijo Venancio–. ¿Qué más expresiones habéis oído con la palabra filosofía?

—Yo he oído a mi padre hablar de "la filosofía de la empresa es tal y cual…" –señaló Ernesto y mirando a Venancio añadió–, y creo que quiere decir la forma de ser, las ideas y estilos que la distinguen.

Julio protestó:

—Te has colado Ernesto. Yo he oído en un debate de la tele decir: "No tiene sentido que nos perdamos en disquisiciones filosóficas", y me parece que querían decir que no había que plantearse cuestiones muy abstractas sin una inmediata aplicación práctica.

—Y yo he leído en alguna parte algo como esto: "se puso en plan filosófico, cuestionándolo todo", y era alguien que no se casaba con nada ni con nadie, dudaba de casi todo, pero no me acuerdo quién era –dijo Norberto.

—Muy bien –interrumpió Venancio–. En estos usos que habéis señalado se pueden rastrear, aunque de forma un tanto deformada, algunas de las funciones que ha tenido y sigue teniendo la filosofía como actitud racional ante la vida, como ideología, como saber teórico, o como actitud crítica o terapéutica. Pero dejadme que os pregunte ahora que ya llevamos algunos meses con la filosofía, ¿tiene para vosotros algún sentido?

—Para mí desde luego no tiene mucho sentido –dijo Julio–. Yo creo que las ciencias naturales sí son necesarias, porque gracias a ellas podemos tener todas las aplicaciones técnicas que hacen al mundo más agradable. Y también pueden ser hasta cierto punto útiles las ciencias sociales si es que de

verdad permiten aprender de las experiencias del pasado, aunque eso ya no lo tengo tan claro. Pero plantearse cuestiones que nunca van a tener una respuesta concreta, que no se pueden ni medir, ni experimentar, pues francamente…

—Pero Julio –intervino Alicia–, ya vimos en clase que para que se produzcan los grandes cambios en la propia ciencia es necesario cambiar un paradigma y eso supone cuestionarse los conceptos generales con los que pensamos la realidad. O sea que la ciencia, cuando se cuestiona sus teorías, se hace filósofa.

—Y no sólo la ciencia –intervino Dory–. Yo no sé si seré algún día científica o no, pero me parece que de vez en cuando es necesario pararse a pensar sobre todo lo que pasa y lo que te pasa, para, como tú dices, Julio, "aprender de la experiencia". Así podemos descubrir lo que está bien y lo que está mal, nuestros aciertos y… –se interrumpió un poco buscando a alguien con su mirada– nuestros errores. En mi opinión, eso es filosofar.

—Dory tiene toda la razón –dijo Ernesto con cierto tono condescendiente– pero para reflexionar a mí me parece que no hace falta la filosofía, basta con tener dos dedos de frente…

—Sí –replicó Dory–, pero tú puedes pensar de forma superficial, dejándote llevar por las apariencias, por los prejuicios; o bien cuestionando tus propias ideas, intentando ahondar y adquirir una comprensión más profunda, y para eso sí valen las preguntas filosóficas.

—Y esa reflexión de la que hablas no tiene por qué ser sólo algo relativo a la vida personal, sino que también puede ser un factor de transformación social –explicó Venancio.

—Perdonad que vuelva a una cosa que ha dicho antes Julio con la que no estoy de acuerdo –dijo Irene–. Es verdad que muchas de las cosas de la que hablan los filósofos no se

pueden medir porque son demasiado generales (como ¿qué es la realidad? o ¿qué nos distingue a los seres humanos?), pero eso no quiere decir que valga cualquier respuesta: al menos sus ideas no deberían contradecir todos los conocimientos que podamos contrastar con la experiencia.

—Todo lo que dicen Alicia, Dory e Irene de la filosofía suena muy bien: cuestionar nuestras ideas, reflexionar sobre la vida, unificar todos los conocimientos, pero tal como la estáis planteando me parece que puede llevar a una actitud masoquista como la de Ignacio –dijo Quique, elevando progresivamente el tono de voz–. Yo creo que la reflexión filosófica sólo tiene sentido dentro de un proceso de discusión, como el que hacemos a veces aquí en clase. Por ejemplo, cuando necesitamos aclarar un significado para entendernos, porque si no lo hacemos la comunicación se convierte en un diálogo de besugos…

—…O en un juego de palabras tramposo –añadió Ernesto.

Venancio miró su reloj con incredulidad y tomó la palabra:

—Os he escuchado con atención y considero que se han dicho cosas muy interesantes, que deberíamos en otro momento poner en orden, pero creo que es importante distinguir entre las preguntas y respuestas que se han planteado los filósofos a lo largo de nuestra tradición cultural y la práctica que llevamos haciendo en clase desde hace tiempo, de hacernos preguntas y aportar razones o la actitud reflexiva que cada uno puede tener sobre su propia experiencia vital. No son cosas completamente coincidentes, pero desde luego están relacionadas entre sí. Porque ninguno de nosotros se pone a pensar desde cero (tampoco los filósofos lo hacen, por más que alguno, como Descartes, pueda dar esa impresión); siempre partimos de ideas y conceptos que han formado parte de alguna tradición. Hubo un filósofo muy importante del siglo XVIII, Kant,

que dijo que nunca se aprende filosofía, sino que sólo puede aprenderse a filosofar, y creo que tiene razón. La filosofía es antes que nada una actitud, una actividad, pero también es cierto que, como ocurre en cualquier área del conocimiento, no podemos acometerla con rigor sin esforzarnos por comprender las aportaciones de los pensadores del pasado. Si los ignoramos estamos condenados a "descubrir mediterráneos" o a tropezar mil veces en la misma piedra.

Sonó el timbre y esta vez todo el mundo salió de estampida. Irene alcanzó a Felipe cuando ya salía por la puerta del Instituto:

—¿Cómo estás? Te veo muy callado –empezó por hablar ella.

—Ya me siento mucho mejor, gracias –contestó Felipe–, pero la movida todavía está muy reciente y no quiero dar la nota.

—A veces, callar también es una actitud filosófica…

—Sí, pero no te creas que no me interesa lo que se ha hablado hoy en clase. De hecho nunca he filosofado más que estas últimas semanas. Estaba hecho un lío y para entender lo que me pasaba he tenido que recordar, ordenar y analizar todo lo que me ha ocurrido. También me ayudaron mucho vuestras críticas, aunque tal vez no he sabido agradecerlo.

—Bueno, eso debe ser algo corriente. Mientras las cosas nos van bien vivimos confiados en nuestras creencias, cuando algo falla nos vemos obligados a cuestionarlas y a formarnos ideas conscientes. A mi me pasó, cuando murió mi prima dos años mayor que yo. No creo que fuese por la muerte, sino por lo inesperado de aquella muerte. A mi abuela la quiero un montón, paso más tiempo con ella que con nadie, y si hubiese sido ella la que hubiese muerto pues habría sentido muchísima

pena, pero no creo que me hubiese roto los esquemas. Pero mi prima, ¡si parecía que se iba a comer el mundo…! Eso me descolocó de verdad. Se conoce que al pensamiento le vienen bien las crisis.

—¿De qué murió?

—De un accidente de moto. Oye…, ya sabes que soy amiga de Dory. Me gustaría que no le guardases rencor. Te juro que está superarrepentida, pero no sabe cómo disculparse; tiene miedo de que no la creas. Empezó a tontear para darte una lección. Lo tramaron ella, Inés y Clara: no soportaban la manera de hablar tan machista y tan tonta que utilizaste cuando lo del apagón. Pero ella no tenía ni idea de que tú ibas a ir en serio…

—No te esfuerces. No niego que he llegado a odiarla. Lo he pasado muy mal con su bromita. Pero ahora, vistas las cosas en perspectiva, creo que tengo que estarle agradecido.

—¿Y eso?

—Gracias a Dory me empiezo a conocer mejor. Ahora sé que puedo llegar a comportarme como un animal, yo que me creía distinto. Pero, sobre todo, también sé que soy capaz de sentir algo muy fuerte por otra persona y ese sentimiento tan grande no me lo quita nadie, a pesar del engaño. ¿Sabes?, debe ser increíble estar enamorado y sentirse correspondido de verdad.

A Irene le brillaban los ojos. Entonces acarició levemente la cabeza de Felipe y le dijo sonriendo:

— Felipe, ¡tú sí sabes tomarte las cosas con filosofía!

NOTAS

NOTAS

NOTAS

NOTAS

I.E.S. nº 8
Bajo Sospecha

Marta Aja Cobo, María Olivares Cano, Alberto Ortega Aramburu, Severino Pérez Misas, Vicente Traver Centaño.

Diferencias, enfrentamientos, conflictos, peleas...

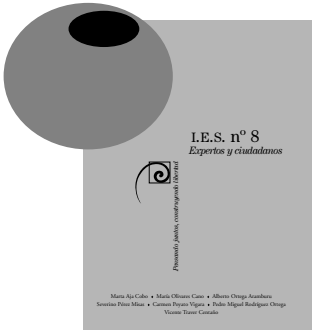
En las aulas, en la calle, en las familias, en la vida...

Podemos recurrir a la violencia, a las sanciones, a la autoridad...

O podemos intentar ponernos en lugar del otro, considerar su punto de vista, apostar por el diálogo y la cooperación... incluso sabiendo que el proceso no será fácil ni será jamás un objetivo alcanzado.

No existen grupos ideales en las clases; como no existe el modelo de sociedad deseable. A partir de lo que somos, en diálogo con nuestros iguales, investigando sobre los problemas que nos importan, actuando en comunidad, sin líderes ni expertos que nos guíen, sin una meta conocida a la que tengamos que llegar... tendremos que ponernos en marcha construyendo juntos el camino que queremos recorrer.

Es el reto de la educación... y de las sociedades que pretendan ser auténticamente libres también.



I.E.S. nº 8
Expertos y ciudadanos

Marta Aja Cobo, Carmen Loureiro López, María Olivares Cano, Alberto Ortega Aramburu, Severino Pérez Misas, Carmen Poyato Vigara, José Ramírez Muñoz, Pedro Miguel Rodríguez Ortega, Vicente Traver Centaño

Ya hace tiempo que la ciencia y la tecnología traspasaron los límites de los laboratorios y de las fábricas y se instalaron no sólo en las grandes estructuras sociales, sino también en las relaciones individuales, en nuestras casas, en las aulas... en nuestra vida cotidiana, en definitiva.

Sin embargo, no parece que la participación en la toma de decisiones sobre política científica y tecnológica se reconozca como un derecho de la ciudadanía; más bien se alega la necesaria especialización para justificar la delegación en los políticos, los expertos... o las multinacionales. Incluso algunos intentan convencernos de que el desarrollo científico y tecnológico sigue su propia lógica interna, que debemos aceptar, como se aceptan las leyes de la naturaleza.

El control público y democrático de la política científica y tecnológica es condición de posibilidad de la auténtica democracia, que, en el siglo XXI, será necesariamente supranacional e intercultural.

I.E.S. nº 8
Bajo Sospecha

Marta Aja Cobo, María Olivares Cano, Alberto Ortega Aramburu, Severino Pérez Misas, Vicente Traver Centaño.

Diferencias, enfrentamientos, conflictos, peleas...

En las aulas, en la calle, en las familias, en la vida...

Podemos recurrir a la violencia, a las sanciones, a la autoridad...

O podemos intentar ponernos en lugar del otro, considerar su punto de vista, apostar por el diálogo y la cooperación... incluso sabiendo que el proceso no será fácil ni será jamás un objetivo alcanzado.

No existen grupos ideales en las clases; como no existe el modelo de sociedad deseable. A partir de lo que somos, en diálogo con nuestros iguales, investigando sobre los problemas que nos importan, actuando en comunidad, sin líderes ni expertos que nos guíen, sin una meta conocida a la que tengamos que llegar... tendremos que ponernos en marcha construyendo juntos el camino que queremos recorrer.

Es el reto de la educación... y de las sociedades que pretendan ser auténticamente libres también.

Filosofando, desmitificando…

Filosofía como actividad desmitificadora, como crítica radical. La necesidad de intervenir en el ámbito científico, en el político y hasta la necesidad de hacer de nuestra propia vida la más importante obra de arte.

Filosofía como búsqueda colectiva de verdad, de belleza y, sobre todo de justicia. Como realización de un profundo amor por la vida. Una voluntad profunda de conocimiento para potenciar todo lo que es vital: la humanidad como totalidad y como proyecto, medio ambiente, la realidad por construir para vivir en ella nuestra utopía, nuestro destino.

Razón, sentimientos, imaginación, comunidad… son herramientas gracias a las cuáles nos asombramos ante el mundo e interpretamos la realidad en la que estamos inmersos en un proceso de reconstrucción comunitaria de la experiencia que recibimos de nuestra cultura.

ISBN 84-9744-052-8
9 788497 440523

DOCE CALLES